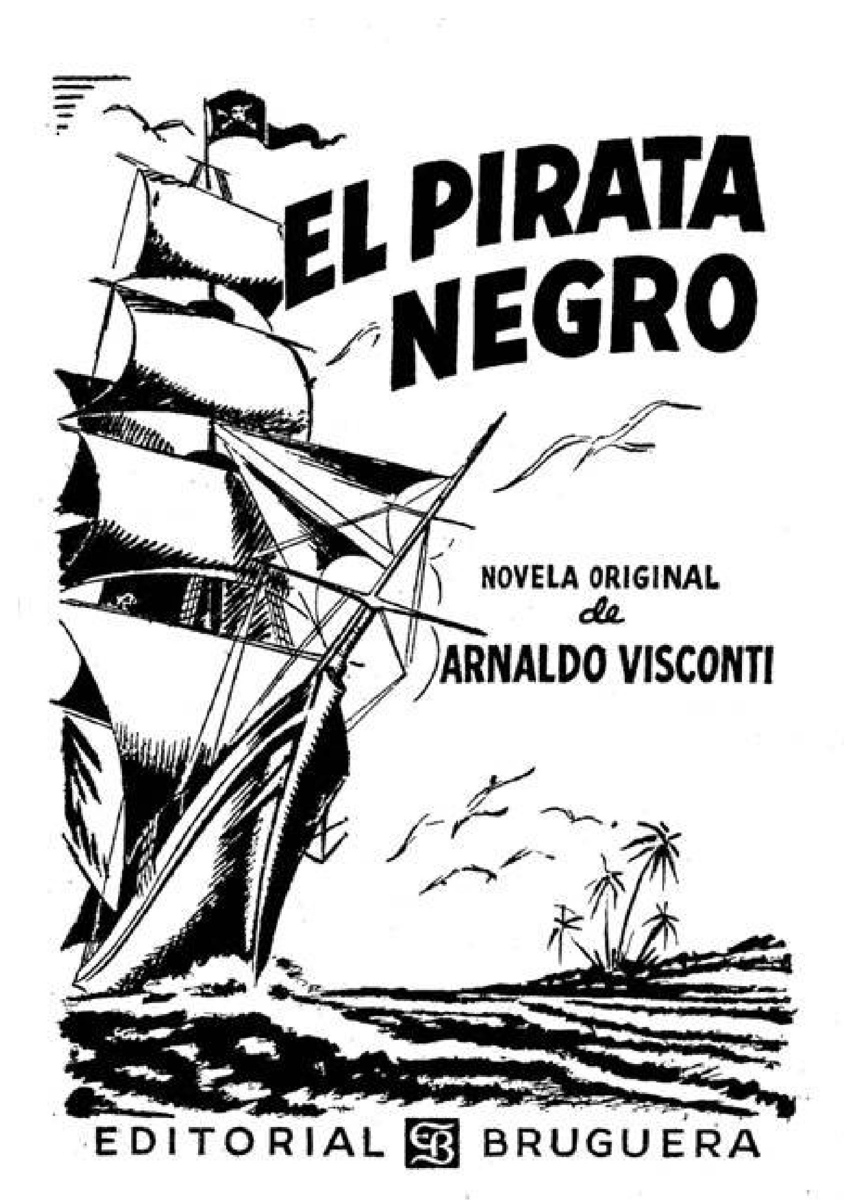
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

LOS SENTENCIADOS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Los sentenciados

Colección El Pirata Negro n.° 84

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


Los
SENTENCIADOS

CAPÍTULO PRIMERO

Los desbravadores

—¡Tripas y pezuñas! ¿Eres o no mi sargento? Pues entonces, si te he pedido un anteojo es porque lo necesito.

La réplica fue emitida en tono casi suplicante:

—Con vuestro perdón, mi teniente. ¿Dónde en esta selva puedo yo encontrar un catalejo?

—¡Lo pintas, pero me lo traes, que para eso eres mi sargento! ¡Ya mismo!...

El sargento picó espuelas. Apreciaba mucho a su teniente pero lo consideraba un bruto incapaz de avenirse a razones, y por eso estimó preferible fingir que en aquellos desiertos parajes de la comarca de la Quebrada iba a buscar un largavistas.

—Se figurará que estos objetos crecen en los árboles—rezongó, mientras se disponía a reunirse con la sección de jinetes que había recibido la orden de retirase hacia Latacunga.

Parapetado tras un grueso tronco alrededor del cual se abrazaban espesos matorrales, Melchor Santana, teniente de caballería, fiel cumplidor de la palabra empeñada a un amigó, trataba en vano de avizorar lo que podía estar sucediendo en lo alto del monte Diadema.

Hacía ya una hora que había tenido lugar la parodia de persecución con la cual él, al frente de sus soldados, había fingido dar caza a tres enmascarados.

Había dado su palabra de retirarse hacia Latacunga, y ya sus soldados la cumplían, pero él sentíase levemente intrigado.

Levemente, porque Melchor Santana, magnífico desbravador, bebedor sin fondo, escandaloso enamorado y camorrista por entretenimiento, carecía de la facultad de analizar.

Había oído en su niñez que los “pensadores” se atormentan y se hacen la vida amarga, y aquello le quedó grabado. Pensar era una manía funesta de la cual había que huir como de la peste.

Fue creciendo con la absoluta convicción de que en la vida sólo contaban el buen comer y beber, los amoríos brutales y la doma de toda dase de animales cerriles.

Pero en aquellos instantes, sentía algo extraño muy parecido a un deseo de poder pensar.

Su amigo Diego Lucientes le había solicitado para parodiar una persecución. Iba acompañado de dos desconocidos, a los que presentó como sus mejores amigos.

Dijo que en la cima del Diadema habitaban dos pastoras, rústicas y bellísimas...

Y al llegar a este punto de su evocación, el teniente Santana puso los ojos en blanco: dos rústicas salvajes. Cabal su ideal femenino.

Interrumpió sus pensamientos la llegada del sargento que se cuadró ante él, presentando un largo tubo ovalado.

—El anteojo, mi teniente—anunció respetuosamente, pero resentido.

Y Melchor Santana aceptó como naturalísimo el hecho de que muy alejados de todo poblado, hubiera el sargento hallado lo que pedía.

Debióse a la casualidad que uno de los soldados llevara siempre consigo aquel instrumento óptico envuelto en una de sus mantas.

Marchóse el sargento a la señal imperativa de Santana. Y marchóse imprecando, porque la facilidad con que hasta entonces el azar le permitía cumplir las absurdas peticiones de su superior, le jugaría en el futuro alguna mala pasada cuando lo que solicitara el teniente fuera de una índole totalmente imposible.

Melchor Santana dirigió el lente de aumento hacia las cumbres. Su deseo era tan sólo ver a las dos pastoras, aunque fuera a gran distancia.

—¡Tripas y pezuñas! ¡Jarana a la vista!—animóse en voz alta.

Su anteojo enmarcaba a unos cuantos hombres, con apariencia de mestizos chilenos, los cuales descendían desde una ladera al llano formado entre los dos picos del monte.

Los supuso pastores familiares de las dos beldades, por las cuales

Diego Lucientes y sus dos amigos habían solicitado su ayuda.

El hecho de que aquellos supuestos pastores llevaran mosquetón y lanza, no extrañó en lo más mínimo al teniente Santana.

Aquella comarca salvaje tenía una vecindad peligrosa: la de la tierra maldita y embrujada, donde a los jíbaros do carne y hueso, la leyenda añadía raras mujeres amazonas.

El anteojo fue recorriendo el valle entre las dos cimas. No podía ya contar Santana el número de "pastores".

Por un instante, estuvo tentado de llamar a su escuadrón y ascender la loma hacia el lugar donde veía a sus tres amigos.

Poro aquello habría sido ofensivo y podía hacer fracasar los planes de conquista amorosa de Lucientes.

Deseoso de divisar a las dos rústicas pastoras, prolongó Santana mucho tiempo su acecho, y do pronto emitió una exclamación:

—¡Tripas y pezuñas!

Boquiabierto quedó. Por el flanco derecho del monte, veía a su amigo Lucientes que en compañía de un coloso rubio, dirigíase a caballo hacia la tierra embrujada.

Y tras los dos jinetes, desfilaban aproximadamente un centenar de caballistas. Todos portaban lanza y mosquetón.

¿Pastores nómadas? ¿Iban hacia la choza de las dos pastoras? No se extendió mucho en pensamientos. Lo esencial es que Diego Lucientes iba a caballo y libre.

Atravesóse el anteojo en el cinto, montó a caballo y poco después reuníase con su escuadrón.

Para él no había nada extraño en cuanto hizo, en lo que le fue pedido ni en lo que vio.

Mientras se encaminaban hacia Latacunga, hizo partícipe a su sargento de sus próximas intenciones:

—Unos días de descanso en Latacunga nos sentarán gloriosamente, Cándido. ¡Ah!—Y besóse el teniente la punta de los gruesos dedos—. Me estará esperando ansiosamente mi Rigoberta.

En el único terreno en el que Melchor Santana aceptaba familiaridades de su subordinado era en el de los amoríos.

Por eso, Cándido Martínez, quizá ni venganza por el asunto del anteojo, manifestó su opinión:

—Bella es la moza, mi teniente, pero agreste y sin doma. Con vuestro perdón os diré que los sopapos que ella os atiza, si a otro

fueran, lo tumbarían sin sentido.

—¡Es magnífica!—aprobó con arrobo el teniente desbravador—. Rigoberta es sencillamente una mujer pudorosa, que ante mis arrebatos pasionales verbales, no sabe replicar porque se queda apabullada y confusa de amor.

—Pero resuenan como estampidos las tortas que os propina, con vuestro perdón, mi teniente.

—¡Qué perdón ni qué niño muerto! La mujer es como la jaca brava. Si es leal, primero se rebrinca y cocea, pero después es almíbar y, come en la mano. Hazme caso, Cándido, que en eso de desbravar soy yo tu maestro. Desconfía de la potrilla mansa, que cuando menos lo esperas te suelta un espantoso bocado. A mí, siempre de preferencia me gustó domar la jaca brava y leal, que luego tiene monta suave. ¡Anda, ahí van unas cuantas!

Detuviéronse todos los soldados al gesto de Melchor Santana. Iban a salir de la espesura para entrar en un pequeño páramo, cuando se quedaron todos al acecho.

Un rebaño de mulas salvajes pastaba. Antaño, cuando los primeros conquistadores poblaron el continente, el caballo era objeto de adoración por los indígenas que nunca vieron animal semejante.

Después, fueron acostumbrándose a ellos. Nacieron centros de remonta y doma. Substituyeron los españoles la llama y la vicuña por mulos para el transporte.

Y las azarosas incidencias, que por rebeldía y otras cruentas incursiones arrasaban a reces fortalezas, fueron dejando manadas enteras de híbridos en libertad, creando poco a poco la nueva raza de silvestres mulos.

Era ganado dificilísimo de capturar, aun para los expertos desbravadores al mando de Melchor Santana.

Y eran también animales muy preciados porque su costumbre de elegir como sede de estancia, cumbres rocosas y simas accidentadas, los hacían sustituibles para el transporte por comarcas donde pocos animales se aventuraban sin riesgo de sus jinetes.

No habló Santana. Hacía gestos. Sus desbravadores, armados de lazos, fueron deslizándose por el suelo, rodeando lentamente el páramo. No se les veía ni oía.

Formando un accidente más del terreno en la espesura, habían

ya cerrado el anillo, dejando entre cada uno de ellos un espacio de apenas unos diez metros.

Y de pronto, cuando ya Melchor Santana iba a dar la señal de ataque, prorrumpiendo todos en gritos destinados a sembrar el pánico entre los híbridos, a la vez que prestos los lazos, algo ocurrió que hizo fracasar la caza.

Los mulos, sin estar prevenidos los desbravadores, partieron en raudo galope, como huyendo de algo invisible

Melchor Santana rezongó por lo bajo, colérico. Ninguno de los lazos estaba aún en condiciones de lacear...

¿Por qué habían tenido la "estampía"? ¿Por torpeza de algún desbravador que se hizo audible o visible?

Pero la mirada experta de Melchor Santana no divisó a ninguno de sus hombres. Se puso en pie, sin dar la orden de hacerlo a sus subordinados, porque acababa de ver la causa de la alarma entre el ganado.

Una pequeña caravana, compuesta de once jinetes, avanzaba en fila inda. Eran mestizos.

En otra ocasión. Melchor Santana ni siquiera se habría tomado la molestia de saludarles.

Pero estaba enojado, porque les culpaba del frustrado Intento de apoderarse de unos cuantos mulos.

Surgió, pues, hacia el centro del páramo. Sus hombres, rudamente disciplinados, siguieron ocultos.

El jinete que iba al frente de la caravana hizo la señal de alto.

—¡Tripas y pezuñas!—rugió Santana—. ¡Inoportunos sois! ¿No podíais haber venido hacia esos parajes en mejor hora?

De pronto silbaron agudamente muchos lazos, surgiendo de los circundantes matorrales...

Los Montañeros, que a la orden muda de Sat-Song disponíanse a acribillar a lanzazos al temerario teniente, viéronse derribados de sus monturas en un santiamén.

Prietamente rodeados los bustos por ancha cuerda sólida, fueron enrollados expertamente por los desbravadores que iban surgiendo de la espesura.

Otros soldados cogían de las riendas a los negros caballos, que, asustados, pretendían huir del cerco.

Sat-Song, polvoriento, ostentó una faz demudada, aunque

impasible. Fue brutalmente puesto en pie por Cándido Martínez.

Melchor Santana avanzó, riendo, amenazador.

—Con que gallitos, ¿eh? Dispuestos a convertir en criba a un honesto oficial español, ¿eh? No me gusta vuestro pelaje. Tú que ibas el primero, serás, pues, el mandamás. ¿Cómo te llamas?

Sat-Song permaneció mudo.

Melchor Santana miró hacia las grupas de varios caballos. Veíanse alforjas voluminosas en sendos caballos.

—¿Qué lleváis ahí? Seguramente, latrocinio... Habla, mestizo del demonio, o te zumbo un soplamocos que te va a poner los oídos como campanas de catedral.

Sat-Song siguió en silencio. Toda su rabia interior no se manifestaba en su rostro impasible, oriental, no muy diferente de los sombríos semblantes de los demás mestizos.

Alzó el puño Santana, pero su viril código le impidió pegar a un hombre atado.

—¡Bah! No me quiero magullar los nudillos. Ya os las entenderéis con los de la justicia. Veremos por qué queríais matarme, sin mediar palabra de reto. ¡Sargento! En reato los caballos capturados, y en reato esos tipos.,

—¿Registramos las cargas, mi teniente?

—No nos incumbe. Es cosa de alguaciles. ¡Tripas y pezuñas! ¡Y pensar que se nos han escapado una decena de mulas preciosas! ¡Ojalá los jueces os metan un año de galeras por intento frustrado de asesinato a un oficial español! ¡En marcha!

Once Montañeros, atados expertamente, con traba en los tobillos, y largos lazos sujetándolos las muñecas, pusiéronse en marcha, remolones, empujados a puntapiés por varios desbravadores.

Los caballos negros, cinco de los cuales llevaban en las grandes alforjas a cinco prisioneros amordazados e invisibles, quedaron aprisionados en tres grupos, flanqueados por el resto de los desbravadores.

Y, al frente, Melchor Santana, indignado, tomó por confidente a su sargento:

—¡Tripas y pezuñas! En vez de mulas, hemos cazado diez palomos.

CAPITULO II

El asombro de un cazador

Distaba la ciudad de Latacunga unas veinte leguas, cuando Melchor Santana tocó en el hombro a su sargento.

—Tengo prisa por beberme un buen trago y chicolear con Rigoberta, Cándido. O sea que, como tendremos que entregar los prisioneros y sus cargas, y eso tomará tiempo, me adelanto. Esperadme en el Llano del Oso, que allá me reuniré para ir al cuartel.

Picó espuelas el teniente, mientras lote desbravadores seguían al obligado paso de los prisioneros.

Dirigióse rectamente Santana a su taberna favorita. Olía a sudores, mugre y caballo, y tenía una sed acuciante.

Sentóse, tendiendo las largas piernas, e, iluminado el redondo y rojo semblante, llamó:

—¡Un barrilito de mi tinto, Rigoberta de mis entrañas!

No tardó en presentarse la criada elegida. Como siempre, con gazmoñería, a la vez que colocaba el barrilito sobre la mesa, replicó:

—Buenas tardes, mi teniente. Mi nombre no es Rigoberta, y bien lo sabéis. Me llamo Facunda.

Melchor Santana anteponía el vino al amor. Bebió copiosamente, secóse de un revés de mano los húmedos mostachos, mantuvo el barrilito amorosamente enlazado en su antebrazo izquierdo, y sonrió.

—Rigoberta te sienta mejor, Facunda. Da idea de rolliza, fuerte, maciza. Estás hermosota. Hueles a jabón. ¡Tripas y pezuñas! Has estrenado sayas. Muy majas, a listas, como me gustan.

Y, a la vez que hablaba, la moza estampó un sonoro bofetón en

la mejilla del teniente de las manos largas.

—Ver sin tocar.

Melchor Santana rió complacidísimo, aunque el contacto de la mano ancha y roja de la moza nada tenía de suave.

—Cada día estás más dulce, Rigoberta. ¿Cuándo iremos al prado a recoger margaritas?

—¡Nunca! Que ya bien me sé cómo recogéis vos las margaritas.

—Por el tallo, primero, y después..., ¡zas!, las voy deshojando— rió el desbravador, encandilados los ojos.

—Dejaos de boberías, mi teniente— contoneóse ella, íntimamente halagada por el brutal cortejo—. ¿Sabéis quién os busca? ¿Y sabéis que os busca con ceño sombrío de mal agüero?

Oliendo una pendencia, Melchor Santana sintióse feliz.

—Aquí estoy y me lo como crudo a quien sea.

Corrió ella, y el teniente, extrañado, no sabía a qué atribuir lo que calificó como cuando la frustrada caga de las mulas, de “estampía”.

Un dedo tocó su hombro, y una voz seca dijo:

—Espero que no nos comeremos, mi teniente. Yo soy el que os busca.

—¡Tripas y pezuñas!—exclamó Santana, poniéndose en pie de un salto, dejando caer su barrilito, muestra en él del máximo asombro—. ¡El conde Ferblanc! ¡El coronel Lezama!

El Pirata Negro señaló la puerta.

—Os ruego aceptéis mi invitación a charlar sin testigos... No me miréis así, como si oyerais deshonestas proposiciones. Serio es el asunto que me ha hecho poner aquí un hombre para anunciarme con urgencia vuestra llegada. Salgamos, ¿queréis?

—Siempre a vuestras órdenes, mi coronel.

Para Melchor Santana, el coronel Lezama era el prototipo del bruto que él hubiera querido ser: un bruto capaz de hablarle de tú a un rey, porque tenía “letras”...

Pero estaba intrigado. No recordaba haber hecho nada que pudiera valerle la enemistad del famoso pirata hidalgo...

En la calle, Carlos Lezama fue muy breve:

—Estoy serio y sombrío, no contra vos, mi teniente. En mi casa han dado muerte a una mujer y han raptado a otra. Y tengo la corazonada de que estos trágicos sucesos están relacionados con

reciente expedición que vos habéis hecho con mi amigo el señor Lucientes, en compañía de mis otros dos amigos los capitanes Zarzales y D'Arsonval.

Melchor Santana aprobó con la cabeza, asintiendo, según era en él costumbre, para luego decir:

—No entiendo, mi coronel. ¿Cómo pueden los señores Lucientes y sus dos amigos tener que ver con la muerte de una mujer? Ellos son hombres cabales, como vos y yo.

—A la par que esos hechos, han sucedido otros, también misteriosos. La desaparición del jefe de policía y sus dos mejores agentes y la de maese Huarte. Venid conmigo a mi casa. Quiero que veáis lo sucedido, y lo entenderéis. Y sé que entonces seréis explícito.

—Di mi palabra al señor Lucientes de no revelar nada.

—Muchas vidas están en juego, teniente Santana. Os aclararé un punto: tengo la certeza de que los Montañeros no han quedado exterminados.

Contó Lezama la aparición de la estatua del mandarín chino, con la dedicatoria "Cuatro puntos cardinales".

—Y la mancha de sangre primera aparece ante la estatua. El hombre que mató y raptó debió valerse de algo hasta ahora misterioso, pero yo no creo en las brujerías que atribuyen a los Montañeros. Todo ha de tener una explicación racional.

—¿Y cuál fue la… la señora asesinada?

—Mi esposa… era la que tenía que matar el asesino Montañero. Pero la infortunada Carmen, la doncella, sucumbió en su lugar. Sucedió que aquella misma tarde ella volcó, involuntariamente, un chorro de café sobre el vestido de mi esposa. Al llegar la noche, mi esposa, para calmar a la criada y demostarle que no le guardaba el menor resentimiento, le hizo obsequio del vestido. Ella, para deslumbrar a su esposo, uno de mis hombres, lo revistió inmediatamente. Y el asesino la confundió. En cuanto a la raptada, es la hija del señor Lucientes, iba a casarse en fecha próxima con mi hijo Cheij. Todos mis hombres y mis hijos prestan guardia cerrada en mi casa, para proteger la vida de mi esposa, amenazada por los Montañeros. ¿Me diréis ahora dónde fueron los señores Lucientes, Zarzales y D'Arsonval?

—¡Tripas y pezuñas! ¡Falto a mi palabra!… Pero ya tengo ahora

la duda de que dan Diego me la dio con queso. Veréis, señor conde. Él me dijo que en la cima del Monte Diadema, de la comarca de la Quebrada, había dos pastoras muy montaraces y esquivas. Y que para conquistarlas debían ellos fingir ser bandidos perseguidos, cosa que excitaría en ellas caritativa confianza. Yo fingí perseguirles hasta el llano, y después, simulando perder la pista, regresé... Por cierto que, para ver las pastoras, enfoqué el anteojo... y... ¡Tripas y pezuñas! ¡Montañeros! ¡Los Montañeros!... ¡Eso eran los que yo creí pastores! Pero... no entiendo nada de liada...

—Lucientes y sus dos amigos tenían una pista. No quisieron comunicármela. No os engañaron... Quisieron evitar que vos formarais parte de temeraria empresa, en la que, ofreciéndose ellos como señuelos, se han sentenciado a muerte, para procurar morir matando. Ahora cenaréis conmigo, y nos pondremos en marcha, después de planear algo, hacia el Diadema..., ¡y ojalá lleguemos a tiempo!

En el vestíbulo, Melchor Santana, apabullado, quiso excusarse.

—¡Tripas y pezuñas!...—murmuró, cohibido—. Si yo hubiera sabido que eran Montañeros...

—No citéis esta palabra ni digáis nada... En mi hogar deben ignorar que nos preparamos a empresa difícil... Ya hay suficiente pena... Éramos hasta hace poco seres felices..., y ahora... En fin, si mi egoísmo de hombre tiene la satisfacción de ver en vida a mi esposa, como padre sufro el dolor de mis dos hijos, más cruel en Cheij, que, al igual que el esposo de la infortunada Carmen, se consideran responsables por estar en casa cuando sucedieron los hechos... ¿Qué os sucede, teniente?

—¡Eso!—Y el desbravador señaló con índice tembloroso la estatua revestida de ropas de mandarín.

—¿También a vos os impresiona esta escultura? Todos aquí la creen objeto de brujería y mal agüero.

—¡Tripas y pezuñas! Este hombre lo conozco yo.

—Es una estatua de madera.

—Preso tengo al modelo, entonces.

—¿Cómo decís?

Y Lezama, sin saber el descubrimiento venturoso que se avecinaba, asió por el hombro al desbravador.

—¿Cómo decís?—repitió, ansioso.

—Pues veréis... No entiendo nada de nada... Resulta que me disponía yo a cazar unas mulas salvajes, cuando once mestizos del demonio las hicieron escapar... Fui a regañarles, y me alzaron las lanzas, que, a no ser por mis hombres bien escondidos y con lazos preparados, me dejan tieso...

—¿Lanzas? ¡Seguid!—apremió Lezama.

—Pues..., por intento de asesinato en la persona de un honesto oficial, los he aprisionado para que los jueces se las entiendan con ellos. Me huele que llevan carga de robo, pero es cosa de los jueces que...

—¿Dónde están esos mestizos?..— preguntó Lezama, soltando el hombro de Santana, con calmosa entonación y brillantísimos los ojos.

—Mi sargento y mi escuadrón de exploración, con ellos, esperan en el Llano del Oso. El mestizo que iba al frente es copia exacta de esta estatua, o, mejor dicho, esta...

Pero, ya arrastrado por un vehemente energúmeno, Melchor Santana vióse de nuevo junto a su caballo en el jardín.

—¡Al galope, señor Santana! Creo que os voy a abrazar hasta que os crujan los huesos... ¡Presto!

Intrigado, Melchor Santana espoleó su caballo tras el de Lezama, que en raudo galope quería comprobar si la esperanza era cierta. ¿Mestizos con lanzas? ¿Uno de ellos fiel imagen de la estatua?..

Si su esperanza se confirmaba, ya sólo eran cuatro las víctimas sentenciadas por los Montañeros: la desgraciada Carmen, que pagó con la vida su afán de deslumbrar con el vestido de Mireya a su esposo, y los tres “capitanes del ideal”, los vivos señuelos Diego Lucientes, Frasco Zarzales y Gastón D’Arsonval.

* * *

En el Valle del Diadema, Marcos Cortezo, el jefe de los Montañeros, aproximóse a Gastón D’Arsonval.

—Mientras regresa Sat-Song, cuyos oficios de verdugo sin par necesito, cuéntame una de tus historias, flamenco. Empieza.

—Narrando, las horas son más breves. Tengo entendido que las piedras preciosas son tu único amor. Te contaré, pues, la verídica historia del diamante de Guayaquil.

CAPITULO III

El diamante de Guayaquil

Se ha hablado mucho de las joyas cuya posesión, origina una serie de maldiciones y calamidades sobre los que las tienen. Una piedra preciosa tiene a veces un singular poder do condensar deseos, celos y odios.

Se puede hasta ir más lejos, más allá de las humanas pasiones que rodean un zafiro o un rubí, y ver en estas piedras los mágicos receptáculos de la influencia de los planetas de donde muchos creen proceden esas piedras.

Las violencias o las maléficas acciones emanadas de ellas serían entonces un don natural, una virtud primordial adherida a su belleza y que esta belleza desprendería como igualmente desprende luces.

La historia de ciertas joyas sería interesantísima si se conociera en todos sus detalles. Se saben de ellas episodios amorosos o trágicos. Pero sería preciso poder seguirlas desde su nacimiento a su muerte.

Las joyas aparecen, causan dramas y son encerradas en cofres, yendo a parar a países alejados, donde se pierde su recuerdo.

El diamante de Guayaquil era uno de los menos célebres entre las piedras que dieron lugar a tragedias. Era un anillo cuya montura de oro engarzaba un enorme diamante de color sonrosado curiosamente tallado.

Se encontraba en posesión, a fines del siglo XVII, de la familia de Laredo. Este diamante tenía una propiedad particularmente peligrosa para su dueño, propiedad que dimanaba de su leyenda.

Su rayo decían que reproducía la llama de la estrella Venus con una pureza tal, que sólo se la veía en ciertas noches, en ciertas

atmósferas de la primavera, y aun era preciso para ello estar en un determinado lugar de una terraza de la Alhambra de Granada.

La llama de este diamante era de una calidad tan asombrosa, que producía el entusiasmo de quien la contemplaba, y aquel entusiasmo le impulsaba a apoderarse de él inmediatamente.

Decían que, en su origen, una reina de España la había regalado a un conquistador español, bizarro soldado llamado Flores. Y que cuando Flores admiró la joya sintió deseos de arrebatarla de manos de la reina, aunque sabía que ésta se la iba a regalar.

De ella supo su secreto. El diamante había sido tallado para un califa de Granada por un árabe muy sabio que conocía las relaciones entre las piedras preciosas y los astros.

Estas relaciones no adquirían contacto más que en determinados lugares de la tierra. El lugar donde el diamante comulgaba plenamente con la estrella Venus era aquel donde estaba construida la Alhambra.

La Alhambra, además, no había sido construida en una colina dé Granada más que por la razón de que allí era donde, los rayos de Venus tenían su máximo resplandor.

Si se levantaba el diamante hacia la estrella, desde lo alto de la Alhambra, al tercer día de luna llena, brotaba de la piedra una prodigiosa claridad que daba al alma plenitud y alegría.

Flores era un hombre de mente vulgar, únicamente atormentado por la ambición de gloria, y para quien todo lo demás eran futesas, banalidades y locuras.

Sin embargo, después de oír contar a la reina aquella leyenda, tomó respetuosamente el anillo, besó la real diestra, y en su fuero interno decidió ir a Granada.

Pensaba que los mayores absurdos, cuando son dichos por una reina, adquieren cierto valor.

Le apartó de aquel proyecto la necesidad urgente de enrolar soldados y embarcar prontamente hacia el agitado continente americano. Dejó de pensar en la extraña historia de los resplandores.

Ya en el Ecuador, y estando ebrio, entró en una choza de Quito, donde una mulata le quitó el anillo del dedo. Apenas lo hubo ella admirado, levantándolo a altura de una linterna, lanzó un grito y huyó entre las tinieblas.

Flores no se movió. Estaba muerto.

El diamante desapareció, y hasta mucho más tarde no se halló su rastro. Estaba en poder do Antonio de Laredo, uno de los más ricos mercaderes de especias de Guayaquil.

Antonio de Laredo empleaba la mayor parte de sus beneficios en preparar conspiraciones. Y para salvaguardarse frente a los españoles, delataba a otros conspiradores. Por lo cual, después de cierto tiempo, se había creado un núcleo de odios a su alrededor.

¿Cómo supo la leyenda del diamante? Lo cierto es que sacaba una gran vanidad de poseerlo, diciendo que le había costado muy poco dinero, y que un día iría a la Alhambra de Granada para mirar el diamante al resplandor de la estrella Venus.

Pero como era escéptico, hacía con frecuencia bromas groseras acerca de la reina, del sabio árabe y de las relaciones entre planetas y piedras inanimadas.

Tenía una hija de una fealdad extraordinaria, tan fea, que, pese a su dote, no lograba casarla. Como deseaba librarse de ella, hizo esparcir el rumor de que a su futuro y posible yerno le regalaría el diamante.

Quizá ésta fue la causa de que un joven germano, Ernst Durchlend, que se decía inventor de cosas complicadas, se presentó.

Había guasones que pretendían que la cosa más complicada que había inventado Ernst Durchlend era la de alimentarse sin hacer nada.

Pero era un hombre de buen aspecto, al parecer tímido, y le gustó a la hija. Tras poco tiempo, y también los guasones pretendieron que era la prisa motivada por el temor de Laredo de que su yerno se arrepintiera, se casaron.

Pero una vez celebrado el matrimonio, Antonio de Laredo declaró que se había interpretado mal sus palabras y que no podía ni siquiera pretenderse que él se despojara de una joya procedente de una reina española para la cual tenía el mayor respeto.

Dijo que él había afirmado que, cuando muriera, su yerno heredaría el diamante.

Antonio de Laredo tenía una segunda hija, Panchita, que era muy bonita y se había casado con un joven oficial de Guayaquil, que rápidamente, y gracias a la influencia de su suegro, había sido nombrado comandante del ejército indígena que: los españoles

toleraban.

El comandante Bohórquez no se ocultaba para decir que el célebre diamante le había sido prometido a él por su suegro. Y añadía, siempre que a ello hacía referencia:

—Lo cual no me impide de desear para mi señor suegro luengos y apacibles años de vida.

Antonio de Laredo estaba sentado una tarde en la terraza de una posada de las mejores de Guayaquil, en el inmenso malecón del puerto. Estaba haciendo los honores de la ciudad a un joven francés del cual había conocido el padre, y lo hacía con las más vivas muestras de un orgullo de nativo.

El francés, Máxime Xalma, había, llegado la noche anterior. Quizá para deslumbrarle, Antonio de Laredo habíase colocado en el anular el diamante de la reina, y a veces con aires de negligencia levantaba la mano para que los rayos del sol en su ocaso hirieran brotar de la piedra llamativos esplendores.

A cierta distancia de ellos dos estaba sentado un hombre vestido con una impecable elegancia, a excepción quizá del rojo lazo que llevaba en el hombro derecho de su casaca.

Súbitamente se puso en pie y se acercó al grupo formado por Antonio y el joven francés. Miraba el anillo con admiración. En aquel minino instante, tres hombres mucho menos elegantes, con rostros patibularios, acercáronse también.

Debían ser esperados por el primero, ya que éste, al apercibirlos, les hizo signos y les explicó con volubilidad, en francés, que aquel caballero llevaba un anillo extraordinario. Y para que no cupieran dudas, tendió el índice señalando a Antonio de Laredo, cuyo rostro casi tocó.

Máxime Xalma quedóse sorprendido de oír su propio idioma, y más sorprendido aún del desenfado descortés de aquellos cuatro hombres que so habían aproximado, y riendo calculaban el valor comercial de aquel anillo.

También le colmaba de estupefacción ver la actitud de Antonio de Laredo, que no sólo no parecía en lo más mínimo enojado por aquel comportamiento de los desconocidos, sino que, por el contrario, visiblemente halagado, continuaba levantando la diestra para hacer cabrillear el diamante a los últimos reflejos del sol.

Al final, ya molesto, rogó a los desconocidos que se apartaran.

Pero el hombre del lazo rojo, sin tener en cuenta su ruego, le preguntó, con burlona expresión y guiñando un ojo, si el diamante era falso.

Máxime Xalma se contentó con encogerse de hombros, demostrando evidentemente su enfado.

El hombre del lazo rojo guiñó de nuevo un ojo, y, siempre sonriente, sin siquiera bajar el tono de voz, propuso:

—Vayamos a medias.

Y cruzó sus dedos uno sobre otro, para hacer comprender la sugerencia de reparto a Máxime Xalma, que se quedó boquiabierto ante tanta audacia y descaro.

Sin embargo, Antonio de Laredo, pagando las consumiciones, y como agradecido a la grosera admiración ajena, explicó, con serenidad, al estupefacto francés:

No os formalicéis. La gente de Guayaquil es muy confianzuda y familiar.

Antonio de Laredo ignoraba hasta dónde llegaría aquella familiaridad!

Tarde en la noche, los paseantes escasos que deambulaban por una callejuela al extremo del malecón, le encontraron tendido en el suelo: estaba muerto y un cordel a modo de lazo en su cuello permitía suponer que lo habían asaltado por detrás, estrangulándolo.

Su puño diestro estaba roto y tres dedos de esta mano, uno de los cuales era el que llevaba el diamante, habían sido cortados, sin duda con un machete, ya que la sección era neta y había sido practicada de un solo golpe.

Como cosa curiosa se hizo resaltar que no se encontraron los dedos cortados, lo cual hizo pensar que había habido lucha para arrancar el anillo, y que el hombre que lo intentaba, después de romper la muñeca derecha de su víctima, había asestado un machetazo, para terminar de una vez, recogiendo a la par los dedos cortados.

Se habló mucho de este crimen en Guayaquil. Pero como Antonio de Laredo tenía muchos enemigos, se consideró imposible encontrar al asesino.

Fue demostrado que Antonio, a pesar de su edad y posición, era un asiduo concurrente a los tugurios más miserables del puerto. La

noche en que fue asesinado había salido de su casa hacia la medianoche y se le había visto en cuatro o cinco tugurios. Se había embriagado, mostrando orgullosamente su diamante.

Aquellos tugurios veían desfilar en una noche infinidad de personas de todas clases. ¿Cómo determinar el asesino?

Las pesquisas nada descubrían, y habían transcurrido varios días cuando el hijo de Antonio de Laredo regresó a Guayaquil. La noticia de la muerte de su padre le había llegado por un servidor hasta los bosques de Huacamayo, donde se encontraba cazando jaguares.

Él era una especie de salvaje barbudo y taciturno. Vivía por temporadas en una choza al borde del río Codache, con un criado indio, y venía raramente a Guayaquil.

Se podía suponer que la pérdida del diamante nada representaría para este solitario misántropo, despegado de las cosas del mundo. Pero, al contrario, le achacó mucha importancia y juró volver a encontrar la alhaja y a la vez vengar a su padre.

Las autoridades no habían tomado cuenta del relato de Máxime Xalma, referente a los cuatro hombres que habían exteriorizado tan cínicamente su admiración por el diamante, la tarde del crimen.

Pero José de Laredo, el hijo cazador, cuando supo ese suceso, no solamente resultó que conocía a aquellos hombres, sino que instantáneamente adquirió la certeza de que se trataba ¿le los asesinos.

El lazo rojo del que había interpelado a Máxime Xalma, y su acento francés, eran para él indicios reveladores; no se equivocaba, al menos por lo que se refería a sus personalidades.

El francés era un hombre de la peor reputación, el cual, sobre una pequeña goleta, anclada por entonces en el puerto de Guayaquil, dedicábase, a lo largo de las costas del Perú, Ecuador y Colombia, a la trata de esclavos.

José de Laredo, absolutamente convencido de que el hombre del lazo rojo había asesinado a su padre, no quiso considerar también que, de ser el asesino, tenía todas las facilidades para huir y desaparecer en el vasto océano.

Sus dos cuñados y Máxime Xalma deliberaron con José de Laredo, tratando en vano de demostrarle que el hombre del lazo rojo continuaba paseándose por el puerto, bebiendo y de francachelas, conducta muy impropia en un asesino poseedor de

una goleta.

Era cierto que él y sus compañeros eran gentes de mal vivir, pero el asesino debía buscarse en otro sitio.

José escuchaba, sacudía la cabeza y respondía que vengaría a su padre, y demostraría, encontrando el diamante en la goleta, donde seguramente lo habría escondido, que el hombre del lazo rojo era el asesino.

No añadía, pero quedaba sobreentendido, que, al mismo tiempo que el diamante, encontraría quizá los tres dedos tan horriblemente seccionados por el machete.

Máxime Xalma se dio cuenta entonces, por las frecuentes conversaciones que tuvo con José y los dos, cuñados, de toda la dificultad que presentaba la empresa.

El hombre del lazo rojo, según se deducía, no sería tan imprudente como para guardar encima suyo el anillo robado. Lo escondería seguramente en algún rincón de su nave, y más que seguro en su propia cámara, ya que debía temer a sus compañeros.

La goleta no estaba nunca sin vigilante. No eran más que cuatro hombres, y dormían a bordo.

José preguntó si alguno quería participar en la expedición. Máxime Xalma se acordó después que Ernst Durchlend, el yerno teutón, insistió con todas sus fuerzas para hacer desistir a José de su proyecto, y sólo se calló cuando José, brutalmente, dio fin a la discusión.

Añadió que aquella misma noche actuaría, porque sabía que la goleta zarparía al día siguiente al amanecer. Quince días habían transcurrido desde el crimen.

La goleta no zarpó al amanecer. José de Laredo no se había instalado en la casa de su familia. Había adquirido la costumbre de vivir al aire libre, y aun en la orilla del río Codache dormía delante de su choza: desde su llegada acampaba con su criado en los alrededores de Guayaquil.

Máxime Xalma, que había salido pronto en la madrugada, lo encontró en el puerto. José de Laredo tenía prisa. Venía de comprar un machete, porque el suyo se había roto. Le dijo que volvía a partir liada el rio Codache y que estaba satisfecho porque había vengado a mi pudre.

Desde el lugar donde estaban se veía la goleta balanceándose en

el puerto, exactamente en el mismo paraje que a la víspera.

José de Laredo añadió que, como sabía que en aquella misma hora sus hermanas y cuñados dormían, no los quería despertar. Rogó a Máxime Xalma que les anunciara su marcha.

Al despedirse, añadió con negligencia, como si se tratara de algo banal, que no había encontrado el diamante.

Esto evocó para Máxime Xalma los tres dedos cortados y tuvo el deseo de preguntar algo, pero se abstuvo. José de Laredo parecía completamente tranquilo y miraba tan apaciblemente la goleta, que Máxime Xalma no pudo impedirse de pensar que no había tomado ninguna venganza, y que si se marchaba sin decir adiós a nadie era porque, habiendo hablado demasiado, temía alguna ironía por parte de los suyos.

Máxime Xalma abandonó Guayaquil tres días después de su matutina conversación con José de Laredo. Al partir se dio cuenta que la goleta del hombre del lazo rojo seguía en el puerto.

Después de una estancia de dos años en distintas regiones, regresó a Guayaquil. Esta vez se alojó en la posada. Pero fue grande su sorpresa cuando, desde su ventana, que daba al puerto, vio la goleta en el mismo lugar.

Fue a ver a la familia Laredo, de la cual estaba sin noticias. Las dos hijas continuaban en Guayaquil. Pero de los dos maridos sólo quedaba uno, el comandante Bohórquez. El otro había abandonado a su esposa.

Máxime Xalma tuvo ocasión de conversar con el comandante Bohórquez sobro el asesinato y formular diversas hipótesis sobre el destino del famoso diamante que había sido la causa.

Para el comandante Bohórquez no cabía duda: José de Laredo, el taciturno cazador de jaguares, había vengado a su padre o creyó vengarle. Durante la última noche que pasó en Guayaquil, ayudado de su criado indígena se había introducido en la goleta, donde dormían los que consideraba asesinos de su padre y los había matado.

Algunos meses antes de la nueva llegada de Máxime Xalma, las autoridades se habían inquietado acerca de la goleta abandonada, en la cual ya no se veía ir y venir a sus tripulantes. No se habían encontrado en ella pruebas ningunas de violencia.

Pero aquello no demostraba que el hombre del lazo rojo y sus

tres compañeros no hubieran muerto violentamente. Sorprendidos durante su sueño, habían podido ser muertos sin combate, o si había habido combate, José de Laredo habría podido borrar las huellas.

No parecía tampoco que la goleta hubiera sido abandonada voluntariamente por sus ocupantes. A bordo se habían encontrado los documentos marinos, las ropas y objetos usuales. En la pequeña cámara de a proa, y que debía ser la del capitán, un grueso dije de oro colgaba de un clavo al lado de un vestido.

Pero el comandante Bohórquez Se preguntaba, sin ninguna angustia por otra parte, si la nocturna matanza de aquellos cuatro hombres no habría sido la consecuencia de un error.

—Si José hubiera encontrado el diamante—decía—, no se lo hubiera llevado para el único placer de que lo contemplaran los jaguares. La belleza de tal piedra incita a su poseedor a mostrarla a sus semejantes humanos. Ahora bien; José no ha abandonado para nada las regiones salvajes donde tiene costumbre de cazar. He tenido noticias de él por exploradores españoles. Caza de menos en menos, y se vuelve cada día más taciturno y salvaje.

En las profundidades del alma del comandante Bohórquez reposaba y vivía otra hipótesis que dejó primero vislumbrar y que acabó por formular.

Esta hipótesis había tomado en él cierta fuerza desde que descubrió el carácter de su cuñado Ernst Durchlend, y por otro descubrimiento de un orden mucho más material.

—Ernst tenía un carácter apacible y seductor—decía el comandante Bohórquez—; pero por el gran amor por la belleza que profesaba, siempre me pregunté cómo pudo casarse con mi cuñada, cuyo aspecto físico deja tanto que desear. Su fortuna no era tampoco una razón suficiente. Ernst tenía una naturaleza desinteresada, y yo me pregunto si el diamante de mi suegro, que le había sido prometido, no fue la principal razón de su matrimonio. En mi hipótesis, no es el valor intrínseco del diamante el que le tentó, sino esta extraña historia relativa a la cualidad de sus rayos, a Venus y a la Alhambra.

“Yo no sé si el cerebro de Ernst estaba perfectamente equilibrado. No es sino después de la muerte de Antonio de Laredo que él reveló una afición extraordinaria hacia las ciencias ocultas.

Tenía ya que poseer antes esta afición, ocultándola seguramente para no atraer sobre él la desconsideración que, amén de otros peligros como el de acusación de brujería, rodea a los que se entregan a éstas locuras.

“Se ocupaba, entre otras cosas, de una ciencia basada en las correspondencias entre astros. Pretendía que hay una estrecha relación entre los números, los planetas, los colores y todas las cosas de la Naturaleza. Yo me acuerdo, entre otras excentricidades, haberle oído decir que el número uno es la cifra del sol tan ciertamente como el número tres es la cifra del planeta Venus.

“Y también que era al tercer día de la luna que convenía examinar al planeta Venus si se quería hacer algún descubrimiento, decía Ernst triunfalmente. Y yo me he preguntado—siguió diciendo el comandante Bohórquez—, y pensad que no soy yo el loco, sino que os hablo de un loco, si no había cierta relación entre esta cifra tres, el diamante venusino y el hecho de que mi suegro hubiese aparecido muerto con tres dedos cortados. No os parezca eso absurdo. Esperad la aclaración.

“Ernst había acomodado al fondo de nuestro jardín una habitación que llamaba su laboratorio para experimentos. Decía que el gran final que perseguía era la realización del *homunculus*.

“Pretendía que, encerrando ciertas plantas y ciertos ingredientes en redomas apropiadas, llegaría, por medio de temperaturas también apropiadas, a hacer surgir un hombrecillo de veinte a treinta centímetros de alto, que sería muy pálido, con un cuerpecillo muy blando. No es preciso que os afirme que el hombrecillo nunca surgió, al igual como yo, estimando á Ernst, no di parte a las autoridades eclesiásticas.

“Ernst acusaba de su fracaso al calor extremado. Decía, que Paracelsus lo había logrado. Y que si él quería conseguirlo, le hacía falta el clima de Granada. Pensaba siempre en Granada, y para él Granada era la Alhambra.

“Estudiaba con ahínco el cuerpo humano. Su laboratorio estaba lleno de osamentas y cráneos humanos, cosa que os aseguro nada tenía de divertido. Le eran siempre precisos tres ejemplares de los huesos que estudiaba. Los últimos días antes, de su desaparición se había vuelto completamente monomaniaco de la cifra “tres”, hasta el punto que yo, bromeando, le decía por qué no calzaba tres pares

de botas.

“Tuve la curiosidad de examinar en el almanaque el día en que se marchó para no volver más, y era el tercer día de luna llena. Un poco después, al hacer limpiar su laboratorio para quitar de él todos los cráneos y redomas que había dejado, hice un hallazgo molesto.

“Sobre una pequeña estantería, y envueltos en un trozo de tela, encontré tres dedos humanos, muy extrañamente seccionados. ¿Qué habríais hecho en mi lugar? Muy probablemente lo que he hecho yo mismo. No habríais hablado de ello con nadie. Por otra parte, aquello no constituye ninguna prueba. Yo no soy antropólogo. Y la misma estantería sostenía otros dedos. Una de las mayores aficiones de Ernst era comparar los dedos humanos a los de los monos. Y le he visto cortar pequeños huesos con una sierra. Lo único extraño era: ¿por qué aquellos tres dedos estaban envueltos en un trozo de tela y no los otros?

Máxime Xalma gustaba de reflexionar sobre los misteriosos encadenamientos de los hechos entre ellos y sobre los diversos espectáculos que se unen entre sí por los hilos invisibles de la causa y el efecto.

Se representó al sabio árabe, poseedor de libros de astrología para siempre desaparecidos, y tallando el diamante con ángulos y facetas y delicadas combinaciones que permitían captar ciertos rayos cuya belleza, si resulta invisible, es porque no hay un recipiente lo suficientemente bien tallado para recibirla y captarla.

Se representó al califa y a sus favoritas, sobre los mosaicos de un patio rodeado de pórticos, cerca de un surtidor, levantando hacia el cielo la piedra preciosa para hacer brotar el rayo cuyo esplendor producía entusiasmo.

Vio a la reina entregando el diamante a Flores, y a éste recorriendo les tugurios donde gustaba de embriagarse, levantando el diamante como una milagrosa lámpara de redención para los miserables seres que le rodeaban.

Vio las bajezas, los regateos, los orgullos, todas las pasiones que acompañan una piedra preciosa y que nacen a su alrededor

Oyó silbar el machetazo en la noche obscura, y se representó cuatro cadáveres flotando mar adentro a la hora en que la marca se lleva hacia el océano todas las basuras de Guayaquil.

Se representó al cazador de jaguares en su bosque y los cuatro

fantasmas que a su lado le acompañarían cuando su conciencia empezara a verse asediada por la duda.

Pero, sobre todo, veía al insensato teutón, al tercer día de luna, sobre una terraza de la Alhambra, buscando desesperadamente una claridad que ni la luna ni Venus, ni el diamante lograrían hacer nacer de su alma, donde el crimen había amasado tinieblas.

Por eso un diamante transportaba en su atmósfera el deseo y la alegría, la vida y la muerte. Y todas las demás joyas de la tierra concentraban también pasiones y dramas menos por causa de su valor que por la ilusión de belleza que ocultaban.

Y es que tal vez por poseer la belleza ideal en una minúscula piedra vale la pena de matar y morir.



Terminado su relato, fijó D'Arsonval sus saltones ojos en Marcos Cortezo.

Éste le miró unos instantes, antes de alejarse, tras decir:

—Sat-Song también cree en la influencia de la luna para aplicar con mayor provecho su refinado tormento.

Gastón D'Arsonval tendióse. Su ánimo estaba siempre valeroso, pero iba enflaqueciendo. La espera de la muerte sin nada poder hacer contra ella, sino esperar, desesperaba al "Scherezade" del jefe de los Montañeros.

CAPÍTULO IV

La expedición

Cándido Martínez, sargento de remonta y doma, salió al encuentro de su teniente, cuando éste encabritó su montura, al igual que el otro jinete que le acompañaba.

—Sin novedad, mi teniente.

—A las órdenes del coronel Lezama, sargento.

Saltó a tierra el Pirata Negro ante el grupo de hombres que mantenía estrecha vigilancia alrededor de Sat-Song, los once mestizas y los negros caballos.

Por un instante se detuvo Lezama mirando a Sat-Song. El vivo espejo de la estatua...

Corrió hacia uno de los caballos que en la grupa llevaba atravesada ancha y larga alforja.

Sonrió alegremente cuando su manotazo, dando vuelta a la cabecera de la alforja, abrió la tela, y por la abertura vio un rostro humano envuelto en lienzo sedoso.

Desgarró la tela: los grises y acerados ojos de Lorenzo Olivares, jefe de policía, le miraron primero con desdén, y de pronto, al reconocerlo, con alegre sonrisa.

Corrió a otro caballo... Sucesivamente fueron apareciendo los rostros de Pablo Loreto y Roberto Roncal, los dos agentes...

—¡Ayudadme, teniente! — gritó Lezama—. ¡Mis amigos están incómodos!

Él mismo puso en pie a Alfredo Huarte, riendo.

—Vos sois el paquete más pequeño, maese.

Con fruición acercóse Lezama al último caballo, en cuya grupa, la alforja, al abrirse, reveló la presencia de Gabriela Lucientes.

Melchor Santana, el sargento y los demás desbravadores,

presenciaban el espectáculo con ojos dilatados por el asombro.

Santana rezongó, irritado:

—¡Qué bruto y qué bestia soy!

Vio como el sargento aprobaba con la cabeza, y gruñó:

—¡Qué bestias y qué brutos somos, sargento! ¿No se te pudo ocurrir mirar dentro de las alforjas?..

—Con vuestro perdón, mi teniente, yo dije que...

—¡Pamplinas! ¡A callar, so pedazo de cabestro! Fíjate en la dama pelirroja... Es la hija de mi mejor amigo..., y la he tenido yo ahí dentro de la alforja, expuesta a magullamientos y poca respiración. ¡Tripas y pezuñas! ¡Qué bruto y qué bestia eres, Cándido!



...Y por, último, quedó inerte, desmayada...

Gabriela Lucientes, cuando, abrazada por Lezama, vióse libre del lienzo que cubría su rostro, abrió la boca hasta el máximo. Quiso hablar, emitió un sollozo, se aferró convulsivamente al cuello de su padrino, y, por fin, quedó inerte, desmayada...

—Estas damitas siempre hacen lo mismo—rió Lezama—. ¿No os parece, maese? ¿O también vos estáis en trance de desmayo?

Alfredo Huarte, más que hablar, baló:

—Me raptaron a mí, y vos...

—Cerrad el pico, gacetillero. Imitad a don Lorenzo, que con muy

buen tino le ida aire a la mocita, que eso requiere.

Fue recobrándose Gabriela entre los brazos del Pirata Negro, para decir, al abrir los ojos:

—¿Y mi Cheij?

—Tu Cheij, que también lo es mío, pasa atroces momentos. ¡Teniente!

Corrió Santana en largas zancadas que le hacían semejar un brioso potro.

—Este es vuestro salvador. Os presento al teniente don Melchor Santana, el mejor desbravador de las Españas enteras. Y todos sus valientes. Os pido un favor, teniente.

—Vuestro servidor, mi coronel.

—Diez de vuestros hombres que escolten a mi ahijada hasta mi casa. Quiero ahorrarme el ver el rostro de cordero degollado que pondrá mi machito de hijo cuando vea a su adorada.

El sargento Martínez y nueve de los desbravadores partieron a todo galope, más que escoltando, persiguiendo a la amazona, que deseaba volar al encuentro de su atribulado prometido.

Lorenzo Olivares señaló a Sat-Song, el primero de los prisioneros.

—La estatua—dijo, lacónicamente.

Contó Lezama brevemente la muerte de Carmen.

Melchor Santana empezó a entrechocarse los puños entre sí. Solicitó:

—¿Me dais permiso, mi coronel, para interrogar a este cafre? Quiero demostrarle que a cafre nadie me gana...

Lo que siguió fue una demostración de la supersticiosa mente de los Montañeros, en quienes la fama de horribles brujerías que, después de muertos, podía inferirles Marcos Cortezo, hacía acatar la “orden postrera” del jefe único.

“Un Montañero preso, no habla. Se arranca la lengua.”

Sat-Song, al ver acercarse al Pirata Negro, empalideció, pero mantúvose erguido.

—Hola, alimaña—saludó Lezama—. Hablarás por las buenas, que tormenta yo no doy. Pero si no me contestas, el verdugo contigo se las entenderá. ¿La estatua fue el truco para matar a mi esposa y raptar a una muchacha que ningún daño oís hicieron?

Sat-Song permaneció mudo.

Melchor Santana, rabioso, gritó:

—¡Tripas y pezuñas! ¡Mi coronel! Por las buenas nada dirán esos verracos...

—Intentarlo nada cuesta. Contesta, asesino.

Sat-Song contorsionó el rostro y cerró los ojos... Maese Huarte, que miraba fijamente al oriental, sintióse próximo al desmayo...

De los sangrientos labios del oriental colgaba un tumefacto trozo de carne, que pendió unos instantes, para, al fin caer. La cruel mutilación que se había infligido Sat-Song le hizo vacilar, su cabeza se dobló sobre el pecho, y a no ser por los dos soldados que le flanqueaban, habría caído desvanecido.

—¡Tate!...—murmuró el Pirata Negro—. Prefiere cortarse la lengua... Una valentía desplazada.

Los sucesivos saltos de Melchor Santana nada pudieron impedir. Uno tras otro, los diez mestizos restantes escupieron, al igual que Sat-Song, un tumefacto miembro mutilado...

—¡Tripas y pezuñas! ¡Qué brutos! —comentó Santana, asqueado —. Eso no son hombres... Son..., ¡yo qué sé!

—Son seres infrahumanos—decretó Lorenzo Olivares—. No se merecen ni la cuerda del verdugo. Inquieta el mirarlos...

—Son engendros del infierno—murmuró Alfredo Huarte, horrorizado.

—Lazo al cuello, mi teniente, y que cuelguen de esos árboles, ¿no os parece?

—¡Al instante, mi coronel! Da asco verlos... Estarán mejor pudriéndose en las ramas...

Media hora después, once cuerpos pendían, muertos.

El Pirata Negro tocó en el pecho a Alfredo Huarte:

—Vos, señor gacetillero, no habéis visto ni oído nada. Dejaréis libre la pluma cuando yo regrese. Quedan aún Montañeros. Ni media palabra si os preguntaran dónde estoy. No lo sabéis. Tomad uno de esos caballos negros y regresad a Latacunga. Allí nos veremos.

Cuando se hubo marchado el gacetillero, Carlos Lezama resumió los hechos:

—En el Monte Diadema, de la comarca de la Quebrada, acampan los restantes Montañeros, que, a no dudar, están esperando el vivo botín que traía el hombre-estatua. Cercarlos con

fuerzas del ejército es imposible. ¿Veis modo de terminar con ellos sin fallo, señor “Lince”?

Lorenzo Olivará meditó un instante.

—Fuego—dijo, lacónicamente.

—¡Eso es!—aprobó Santana—. ¡A sangre y fuego, tripas y pezuñas!

—No quise significar un ataque de frente, mi teniente—dijo el jefe de policía—. Ellos, por su estratégica posición, no pueden ser cazados ni cercados. Serían precisos unos hombres que...

Interrumpióse Olivares, para decir, mirando al Pirata Negro:

—Vuestros hombres, conde. Acostumbrados a deslizarse sin ser vistos, avezados a irrumpir de pronto...

—¿Qué sugerís?

—Que vuestros antiguos piratas recordaran tiempos pasados. Llegar a la base del monte sin ser vistos. Prender hoguera y asar vivos a esta turba de asesinos. Es el único medio.

Ahora fié Lezama el que miró a Melchor Santana, que estaba, como siempre, aprobando vigorosamente con la cabeza.

—No hay tiempo que perder, señor Santana. Mis piratas están en el puerto y los mejores custodiando a mi esposa. Os aprecio mucho, señor Santana, porque gracias a vos feliz es mi hijo...

—Casualidad, mi coronel.—Y puso el teniente cara de melifluo, como calificaba él a quienes se ponían tiernos. —Llamadme Melchor, si me apreciáis.

Su ruda ingenuidad gustaba y no hacía sonreír.

—Bien, Melchor, que buen rey mago habéis sido para mi hijo. Estoy pensando que vuestros desbravadores son adiestrados piratas de los míos.

—¡Cierto que sí, mi coronel!—proclamó, orgulloso, el teniente.

—Entonces, a la vuelta de vuestro sargento, hacia allá portemos ir. Y no quedará ni la cola de mío de los caballos de los Montañeros.

Aprobó entusiasmado Melchor Santana, para de pronto denegar con el mismo vigor.

—Os vais a marear, Melchor—sonrió Lezama—, con estas cabezadas contradictorias.

—Es que... ¡Tripas y pezuñas! Olvidé algo muy serlo...

—¿Que nuestros amigos Lucientes, Zarzales y D’Arsonval se metieron en las filas montañeras fingiendo ser gente de mala ralea?

Ya veremos modo de no asarlos a ellos... ¿O suponéis que no sabré ingeniarlo?

—Es que... don Diego con muchos Montañeros partió hacia la tierra embrujada y maldita de los jíbaros y las amazonas.

—¡Tate!... — murmuró suavemente Lezama—. Ya comprendo. El madrileño ha engatusado a los Montañeros y los lleva a la muerte, sentenciándose él mismo. ¿Cuántos desbravadores mandáis, Melchor?

—Ochenta y cuatro, porque hace una semana me mataron dieciséis... Cincuenta y cuatro están en el cuartel reposando. ¡Tripas y pezuñas!... Monto y en un santiamén estoy aquí con todos ellos.

—Gracias, Melchor. Sois mi buen rey mago. Aquí os espero.

Partió al galope el teniente desbravador.

El Pirata Negro sonrió cuando Lorenzo Olivares dijo:

—Gracias a. vuestra generosidad, yo y mis dos ayudantes cobrarnos la fama de haber exterminado a los Montañeros.

—Peligrosa fama que os valió el rapto.

—Deseamos formar parte de esta expedición, señor conde. También yo y mis dos ayudantes sabemos deslizarnos cautamente como piratas y desbravadores.

—Contaba con vuestra ayuda.

—¿Cuál es vuestro plan, señor conde?..

—Carape... Dejadme de condes. Lezama a secas, Olivares. La mitad de los desbravadores de Melchor se acercarán lo suficiente para prender el fuego purificador sin ser vistos. Un magnífico cerco de llamas terminará con los que en el Diadema queden. Con los demás trataremos de seguir el rastro de Lucientes y los Montañeros. Me dolería que a la próxima boda de Cheij con Gabriela dejara de asistir mi consuegro. Es mi necesario complemento, porque reñimos frecuentemente, y me faltaría algo si no lo tuviera al lado.

—Grande y sublime el sacrificio de vuestros tres amigos, que se sentenciaron a muerte, para exterminar los últimos Montañeros. Como dijisteis muy. bien, obraron como señuelos vivos, atrayéndolos hacia lugar donde la muerte espera...

Súbitamente, Carlos Lezama dióse una palmada en la frente.

—¡Corazonada, Olivares!... Frasco Zarzales no iba con Diego Lucientes. Yo estoy ducho en esas lides. Otras veces, al infiltrarme en líneas enemigas, propuse un “señuelo”. Diego Lucientes quiere

morir en la tierra de las Damas del Arco. Frasco Zarzales conoce el sendero de las arenas movedizas… Posiblemente sea tan sólo una sospecha; pero ¿y si el sevillano, se hubiera llevado a otros Montañeros hacia las arenas movedizas? Me gustaría que el capitán Zarzales no muriera. Es un gran personaje, que ha de dar aún mucha guerra.

Lorenzo Olivares miró a sus dos agentes.

—¿Oísteis? Falta gente en la zona de las arenas movedizas. Me agradaría que la vida de Frasco Zarzales no se extinguiera. Ingeniad el medio. Contáis con la cooperación de los soldados del Tercer Tercio, para lo que el señor conde os puede dar orden escrita. Pero es esencial que perezca lo que sea y que salvemos a Frasco Zarzales… Arregladme eso.

Habláis como un talentudo almirante —rió Lezama—, Posiblemente no se hallará rastro de Zarzales, pero intentarlo debemos. No puedo dar orden escrita, señor, porque no hay aquí recado de escribir… Sí, aquel soldado lo lleva en su mochila.

Poco después partían los dos agenten, dispuestos a demostrar que sabían agradecer sus vidas salvas, y también que eran valiosos ayudantes de El Lince”.

Carlos Lezama, viendo llegar a lo lejos un escuadrón a todo galope, aprobó:

—Este rey mago es un gran elemento. Poco he de valer si al regreso no me lo nombran capitán Melchor, con encomienda nueva a la oportunidad y al valor.

Lorenzo Olivares, dijo, como comentario:

—Si no brilla por su inteligencia, reluce por las dos cualidades que habéis citado.

Ochenta y cuatro desbravadores se agruparon ordenadamente, mientras Melchor Santana acercábase al Pirata Negro y a Lorenzo Olivares en el Llano del Oso, de cuyos árboles pendían los diez mestizos del grupo oriental de Sat-Song.

✲ ✲ ✲

—El regreso de Sat-Song señalará tu último relato, flamenco— dijo secamente Marcos Cortezo—. ¿No te has dado cuenta que necesito saber si tus dos compañeros dijeron o no la verdad? Contesta.

Encogióse de hombros D’Arsonval.

—La verdad nadie la posee; quizá tan sólo los solitarios.

—Cuéntame, pues, un relato de solitarios.

—Lo hago porque a mí me distrae, que no por distraerte a ti, jefe. Voy a contarte el suceso ejemplar de la Isla del Cáliz de Oro.

CAPITULO V

La isla del Cáliz de Oro

Cincuenta años después, vivía aún en los arrabales de Lima un anciano que, acuciado por súplicas, gustaba de narrar extrañísimas historias. Era un francés llamado Torché. Había participado en incontables guerras, pero casi todos sus relatos se relacionaban con un período de quince años que había pasado en un islote desierto del archipiélago de los Galápagos.

Esta estancia no había tenido lugar a causa de un naufragio, sino que había sido el resultado de un exilio voluntario, por asco a la humanidad y a su profunda corrupción.

Este anciano habitaba una casita confortable, gozaba de una pequeña fortuna y era frecuentemente consultado por los habitantes de su arrabal para traducciones de cartas o documentos, porque conocía casi todos los dialectos indios que se hablaban sobre la costa y, además, el español, el inglés y el portugués.

Podía también expresarse en su propia lengua, en francés, pero este idioma, a falta de practicarlo, era el que menos sabía.

Este poliglota era también una especie de sabio en Historia Natural. Conocía todas las especies de animales y las amaba todas.

—Un hombre que no ha pasado quince años a solas en una isla, es incapaz—decía, convencidísimo—de conocer el maravilloso poder de simpatía de las tortugas de mar y de las serpientes.

En cuanto a los pájaros, no cesaba de alabar sus facultades, su ciencia meteorológica y sus conocimientos de la música y de la geometría del espacio. Pero, añadía, las comunicaciones con los pájaros no son posibles para un hombre, a menos de hallarse en una isla desierta y no comérselos.

He aquí uno de los relatos que hizo cierta noche a un curioso

preguntón, siempre en busca de ideas, y que lo anotó casi textualmente.

Había desembarcado de una lancha en uno de los desiertos islotes de las Galápagos del Sur. A unos doscientos metros de la orilla construyó una cabaña, a la cual después añadió otras para contener animales. Había traído consigo un perro al cual había enseñado a no cazar, uno de esos perros excepcionales cuya amistad se acrecienta por el peligro en común.

El islote estaba por completo deshabitado y pensó inmediatamente que algo temible alentaba en aquella soledad. Su alegría fue grande al comprobar que la causa se debía a una prodigiosa cantidad de serpientes de toda clase y dimensiones.

Llenaban la selva virgen que erizaba la isla, al igual que el arroyo qué la dividía en dos. Torché aseguraba que las. serpientes, al igual que las tortugas de mar, son animales con los cuales es fácil vivir en la mejor de las compenetraciones.

Cierto año, después de varias mareas sucesivas, unas olas enormes barrieron y destrozaron las plantaciones que había sembrado fatigosamente.

Cuando el mar se calmó, paseaba meditabundo por el litoral que daba frente a su cabaña, cuando descubrió sobre la arena un gran cofre de hierro de forma oblonga, como un ataúd.

Veíase que había reposado largo tiempo en el fondo del mar y que había sido precisa toda la fuerza del oleaje para arrancarlo de su hondo lecho de arena bajo el mar.

Torché lo arrastró hasta su cabaña, y allí, también con esfuerzo considerable, logró abrirlo. En el cofre yacía un cáliz de oro, de grandes dimensiones, un cáliz, adornado con piedras y que debía haber sido robado de alguna catedral.

Al lado del cáliz había dos cofrecillos llanos de doblones españoles que representaban una verdadera fortuna. El cofre era, con toda seguridad, el botín de algún pirata, que naufragó.

Torché había renunciado al mundo sinceramente, y la presencia de aquel oro misterioso no le hizo cambiar de propósito. Depositó en su cabaña los cofrecillos de oro. Puso en pie delante de su puerta el cofre para que sirviera de caseta a su perro.

Y en cuanto al cáliz, lo llenó de agua clara. Los pájaros venían ante la cabaña a picotear granos, y habíales hecho un pequeño

abrevadero con una perola ya herrumbrosa, restos de una resaca también.

El cáliz substituyó a la perola, y Torché vio como los pájaros acudían a partir de aquel momento en mayor número a beber y con grandes muestras de alegría.

Pasaron los meses. De vez en cuando alguna nave cuyo capitán conocía al solitario misántropo, venía a traerle provisiones, y para avisarle tocaban primero un silbato, enviando después una lancha con dos hombres, que tenían por costumbre tocar la orilla y acercarse a la cabaña, Y uno de ellos seguía tocando el silbato por si Torché se encontraba en la selva.

Hacia el crepúsculo de una tarde muy ardorosa. Torché, cansado por un día entero pescando y cazando, se había dormido dentro de la cabaña.

Se despertó al oír los furiosos ladridos de su perro. Estos ladridos brotaban cada vez que la lancha de sus amigos capitanes tocaba tierra.

Precisamente era más o menos la fecha en que venía la lancha de provisiones. Se levantó, apareció en el umbral frotándose los ojos, y percibió una lancha vacía, al fondo de la bullía, sobre la arena dorada por el sol.

Por encima de la línea de rocas, unos mástiles indicaban la presencia de un navío que no podía ver. Preparaba Torché una frase de bienvenida, pero no pudo pronunciarla.

Recibió un violento golpe en la mandíbula, y dos hombres que debían haber estado, hasta entonces tras su cabaña, se arrojaron encima de él, derribándolo.

—¡Atadlo!—gritó en inglés una voz.

—¿Para qué?—contestó uno de los hombres—. Más vale terminar con él de una vez.

Y en aquel mismo momento, el alma de Torché se llenó de horror, no a causa de su vida en peligro, sino a causa del espectáculo que tenía ante sus ojos.

Cuatro individuos avanzaban a su derecha: entre ellos un indio y una mujer, cuya falda no bajaba más allá de las rodillas. Un hombre de rojos cabellos y de alta estatura acababa de hundir una lanza en la garganta de su perro.

Al mismo tiempo vio a la mujer correr unos pasos, levantando

un hacha pequeña. Gritó:

—¡De un solo golpe! ¡Le he cortado la cabeza de un solo golpe!

Torché tenía una serpiente, que alimentó desde su nacimiento y que ahora tenía dos metros de largo. Esta serpiente tenía un humor muy dulce y le manifestaba un afecto extraordinario, y era también amiga del perro. Y la mujer acababa de cortarla en dos pedazos. En pocos minutos veía morir los dos mejores compañeros de su soledad.

"—Lo que experimenté — dijo—no fue ni el dolor del golpe recibido en mi barbilla, ni el temor de la muerte, sino el deseo imperioso de venganza, la rebeldía contra aquellos malvados, que sin motivos mataban los los seres que yo amaba."

Una exclamación estalló. Uno de los hombres acababa de percibir el cáliz, aquel prodigioso cáliz de oro macizo. Llamó a sus compañeros y todos lanzaron gritos de admiración.

Torché observó entonces el carácter siniestro de sus fisonomías, donde se dibujaban las taras del mal. Las manos de la mujer, las manos que habían, dado muerte a su adorada serpiente estaban sobrecargadas de enormes anillos.

Todos aquellos seres desconocidos estaban armados. Torché comprendió que su islote acababa de ser invadido por una cuadrilla de piratas "espumadores". Llamaban así a los que, navegando en "sloops" ligeros con escasa tripulación, sólo intentaban empresas de poca envergadura, atacando barcas de pescadores o casas solitarias.

Mataban a los pescadores para quedarse con su pesca, o asesinaban a toda una familia inofensiva para apoderarse de sus utensilios de cocina. Aquellos "espumadores" eran seres incapaces de la menor clemencia.

Un apodo formulóse de repente en el espíritu de Torché: ¡"El Gigante Rojo"!

Era un inglés feroz, célebre en toda la costa sudamericana por su estatura, el color de su cabello y la suerte que había teñido al escapar por tres veces al verdugo.

Se jactaba de haber recibido de un brujo oceánico un talismán que le preservaba de las heridas por bala.

Una discusión se entabló. La mujer insistía para que inmediatamente se diera muerte al prisionero. Hablaba con volubilidad y de su discurso resultaba repetidamente su seguridad

en que matando a la gente se evitaban los disgustos.

"El Gigante Rojo" no parecía estar de acuerdo en aquel caso especial. La mujer estalló en una aguda carcajada, y el gigante hizo el gesto de golpearla, pero ella esquivó siempre, riendo.

—¡"El Gigante" se ha vuelto generoso!—decía ella.

Se expresaban en inglés. Fueron interrumpidos por la alegro voz de Torché. Les interpelaba en español, fingiendo ignorar el inglés, y, por lo tanto, estar en ayunas acerca del peligroso tema de discusión.

Se dirigió particularmente a "la señora". Si aquel mezquino objeto de oro le gustaba —y señalaba el cáliz—, si amaba e] oro, él tenía un gran placer en regalárselo.

Fingía, al hablar, de no conceder la menor importancia a aquel metal, y de dar a cuanto decía un aire do extravagancia que cuadrase con mi aspecto. Había decidido hacerse pasar por loco.

Fue inmediatamente rodeado por todos, y el hombre de alta talla y rojos cabellos le quitó las cuerdas que le ataban, haciéndoles a los demás señales que querían significar que en ello no había el menor peligro, y hasta llegó a barrenarse la sien con el índice.

Para darles aún más seguridades, Torché no se levantó y continuó sentado sobre el suelo, con la espalda apoyada contra el madero del umbral de la puerta de la cabaña.

Se frotó la barbilla cómicamente, haciendo muecas, y siempre hablando en español, felicitó al hombre que le había golpeado, alabando la dureza de su puño. Dióse mentalmente cuenta que aquel puño era enorme y enteramente cubierto de vello.

"Mientras yo deliraba sobre lo que podía hacer, pensé en levantarme de un salto, entrar en mi cabaña y cerrar la puerta, empotrando la pesada viga de madera que me servía de cerrojo. Entonces habría podido coger mi arcabuz y mis pistolas de doble cebo y disparar contra aquellos bandidos por la única ventana. Pero reflexioné que sólo estaban a un paso y se precipitarían tras de mí, sin darme tiempo a colocar la viga de madera cuyo manejo pedía algunos segundos, dado el peso. Podría también haber intentado, sin cerrar la puerta, coger mis dos pistolas, pero no sabía exactamente dónde las había dejado la última vez que las usé. En cuanto a mi arcabuz, no estaba cebado. Preferí, pues, no abandonarme a un intento casi fracasado de antemano."

Torché decidió emplear la astucia, a pesar de que interiormente

hervía de rabia.

Los dos pedazos del reptil amigo se estremecían todavía: el perro se agitaba en espasmos...

Anunció que los doblones de oro que poseía le molestaban y que los cambiaría por tabaco. Aquella proposición de un canje tan absurdo no provocó la menor sonrisa en los oyentes, que se limitaron a preguntar dónde estaban los doblones.

Torché mostró el interior de su cabaña y se levantó.

—Este mequetrefe se burla de nosotros—afirmó la mujer.

Sintió su brazo cogido como por una tenaza. Era la mano velluda que ya le había golpeado.

Entró en la cabaña. Toda la cuadrilla le siguió, y designó una caja que estaba en un rincón y en cuyo fondo había colocado los dos cofrecillos con los doblones.

En aquel momento, al impulso de la curiosidad, el hombre que le agarraba por el brazo, lo soltó. Torché echó a su alrededor una mirada circular.

Si hubiera apercibido sus dos pistolas cebadas, las habría cogido para disparar a boca jarro los cuatro plomos mortales. Pero no las vio, y pensó que la fatalidad de su destino quería quitarle la única posibilidad de morir matando.

Los bandidos manifestaban una extremada alegría ante aquel descubrimiento.

—Es preciso desembarazarnos de mequetrefe—dijo la mujer en ingles, con autoridad y obstinación.

Alguien añadió que, en efecto, aquello era lo más indicado. El coloso pelirrojo, que era visiblemente el jefe emitió un gruñido de aprobación.

—¿Para qué, compadres?—preguntó un joven delgado, de relucientes ojos

—Este hombre está completamente "grillado”—y para expresarlo con más claridad, agitó en círculos el índice a la altura de la sien.

—Los locos se vuelven muy razonables cuando se trata de prestar testimonio ante el juez—replicó el jefe sentenciosamente.

Torché levantó su ancho chambergo de paja que estaba sobre una mesita baja.

Esperaba encontrar debajo sus pistolas. De haberlas hallado, habría intentado librar un combate del cual podía salir vencido,

pero dándose el desquite de vidas humanas por las de su perro y su reptil.

Pero las dos pistolas no estaban allí. Hundióse el chambergo en la cabeza.

—¿Por qué te cubres la cresta?— presentó extrañado el coloso.

Entonces Torché probó su última posibilidad. Redobló la exteriorización de una jovialidad insensata. Habló del tabaco “que aquellos amigos suyos iban a darle”, y de que era el Rey de las Galápagos.

Per fui declaró que si el cáliz que servía de abrevadero a los pajaritos de la selva, les gustaba a sus nuevos amigos, él podía ofrecerles muchos otros objetos del mismo metal amarillo que había escandido en la selva.

—Llévanos allá inmediatamente— dijo el pelirrojo con ansia—. ¿Está muy lejos?

—Bastante lejos — replicó Torché, que aun no había precisado lo que iba a hacer.

Salieron todos. Pero el sol declinaba. La incursión no terminaría antes de la noche.

Además, cuando los cofrecillos con los doblones fueron colocados junto al cáliz de oro macizo, produjeron un efecto impresionante.

Los bandidos “espumadores” nunca habían poseído semejante fortuna. Lo mejor, pensó el jefe, sería guardar a buen recaudo aquel tesoro, con toda garantía, a bordo del “sloop”, y regresar en busca de las riquezas.

El coloso pelirrojo ordenó a su compañero de los puños velludos que se quedara con el joven flaco de las pupilas relucientes, vigilando al “loco”.

Se apoderó del cáliz y de los cofres de doblones, y mientras el corazón de Torché repiqueteaba como si fuera a estallarle en el pecho, el “espumador” capitán encaminóse hacia la orilla, seguido por los otros compañeros.

La presencia del oro empezaba ya a surtir los efectos normales. En cuanto los dos guardianes de Torché se quedaron a solas con él, mirando el oro alejarse, se consultaron en rápida ojeada con inquietud.

Un diálogo veloz se entabló, en inglés, entre ellos.

¿Por qué habían sido elegidos los dos para quedarse en la isla perdida y solitaria? ¿En qué lugar del barco sería escondido el cáliz? ¿Es que “El Gigante Rojo” y la víbora —Torché comprendió que se trataba de la mujer pirata — no tenían la intención seguramente de hacer inmediatamente un reparto de los doblones, reparto al cual no asistirían y, por lo tanto, serían estafados?

No debían dejarse enredar. Ademáis, el loco era inofensivo y no tenía armas.

Torché estimó muy oportuno estallar en una risotada imbécil, diciendo que el barco se iba a marchar.

Los dos “espumadores” se decidieron. Iban a separarse de Torché cuando el bruto velludo insinuó que antes de echar a correr tras los otros, lo mejor era matar al loco.

Su compañero tuvo bastante trabajo para disuadirlo.

Franquearon los dos, corriendo, la distancia que les separaba de la orilla, y saltaron en la lancha cuando ésta iba a internarse en la bahía.

El rumor de la discusión llegó a oídos de Torché. Pero no se ocupó de ello. Todo su afán y sus enteros sentidos estaban ocupados en buscar su arcabuz y sus dos pistolas, que por fin halló.

No pensaba en un regreso inmediato de los “espumadores”. No se suponía un excelente comediante. Pero la presencia del oro y la posesión de nuevas riquezas los había turbado el cerebro. Creían tratar con un demente, y eran ellos los, que estaban ya poseídos por la demencia del oro.

El tiempo en aquellas latitudes cambia con una rapidez extraordinaria. Una nube insignificante se había convertido en un gran velo negro y amenazador. En algunos minutos las olas crecieron con violento compás progresivo.

“Entonces — decía Torché—, cuando me dirigí a la orilla no pensaba que los “espumadores” volvieran y me preparaba a pasar una mala noche vigilando su barco: Pero regresaron... Era ya de noche: Yo había colocado mi arcabuz en la arena. Tenía doble carga.

"Empecé a saltar y a hacer gestos extravagantes, que correspondían a la idea que se hacían de mí. Eran seis en conjunto: cuatro pistoletazos y un doble arcabuzazo, y puedo asegurar que yo por entonces tenía un pulso firme y una puntería inmejorable.

”La lancha, llevada por las olas, fue a estrellarse contra unas rocas, dando la vuelta y arrojándose antes al agua sus tripulantes. Estaban a treinta pasos...

”Yo veía sus cabezas sobresalir de las olas. Seis cabezas... Vacié mis dos pistolas, y disparé las dos cargas de mi arcabuz. Mi último disparo iba dirigido a la cabeza roja, y al apretar el gatillo, pensé, por la fracción de un segundo, en el talismán del brujo oceánico, y por eso fallé.

“El Gigante Rojo” nadaba furiosamente, y ya estaba poniéndose en pie en la playa, cuando había yo terminado de cargar una pistola, que escondí tras mi espalda.

”Ya el coloso salía del agua, chorreando, y llegaba corriendo hacia mí. Al mismo tiempo extraía de su cinto un cuchillo de regulares dimensiones. Pensé en mi perro y mi pobrecilla serpiente, y lo dejé acercarse, viendo en su rostro la furia y el contento de poderme matar. Cuando estuvo a tres pasos, le disparé entre los dos ojos.”

La mayor molestia de todo aquel asunto, al menos según afirmaba Torché, no fueron los peligros corridos, sino la pena que experimentó a la mañana siguiente, al ver a los pajaritos revolotear en vano, buscando el cáliz de oro donde se habían acostumbrado a beber.

La tempestad había roto el ancla del “sloop” de los piratas y lo había precipitado contra las rocas. Estaba a punto de destrozarse. Torché lo alcanzó nadando. Todo el interior del barco estaba sumergido.

Con peligro de su vida y buceando repetidamente, sacando fuerzas pensando en sus pajaritos, consiguió, por fin, Torché hallar el cáliz.

Lo trajo a tierra y lo colocó en el mismo lugar donde los pájaros esperaban ya revoloteando, y obtuvo la recompensa de oírles trinar alegremente.

Un poco más tarde, una inmensa nube de cormoranes pasó volando sobre el islote, y el cáliz quedó cubierto de tal cantidad de guano, que perdió su brillo y su forma, y Torché no logró limpiarlo. El oro permaneció velado por el guano endurecido. Ya no tentaría a nadie más.

Cuando años más tarde abandonó Torché el islote, lo último que

vio fue la alegre bandada de pájaros revoloteando y abrevándose en el cáliz que fue de oro.

* * *

Marcos Cortezo sintióse dispuesto a la controversia.

—¿Supones tú, de tierra de rubios incrédulos, que los pájaros de tu relato sabían que bebían en vaso religioso? Contesta.

—Los anímales saben que hay un Ser Supremo. Las bestias humanas, fingen dudarlo en pueril alarde temeroso. Yo lo que te afirmo es que mi patria no es de rubios necios. Los ha muy convencidos de que en el Más Allá serán premiados o castigados. Y tú mismo, Marcos Cortezo, con todos tus barruntos de brujería, temes.

—Nada temo—dijo fríamente el chileno.

—El indiferente está obcecado en su carencia de fanatismo. El que se abandona a prácticas de magia, es un creyente a su manera. Cree en un infierno.

—Enflaqueces y desvarías, flamenco. ¿Si sabías que yo era implacable con todos cuantos no fueran mis Montañeros, por qué viniste aquí?

—No sabíamos que estabas aquí.

—Sat-Song te sacará la verdad.

—De todas las cosas seguras, la más segura es dudar. Y te obsequiaré con otra máxima: imbécil quien todo lo niega, necio quien todo lo cree. Tu Sat-Song lo espero ya con deseos.

—Es el mejor de los verdugos.

—Puedo yo resultar el más duro de los supliciados. ¿Qué quieres que me haga decir Sat-Song?

—Si tus dos compañeros idearon celada para mis hombres. Y si tal fue, no lo lograrán. Mis dos tenientes van advertidos.

Levantóse el jefe de los Montañeros. No presentó la espalda a Gastón D'Arsonval. El belga carecía de armas, pero era un atleta…, y el chileno guardaba las distancias. No quería matar a aquel hombre que le desafiaba en su modo de hablar: anhelaba verle perder su serenidad bajo los refinados tormentos do Sat-Song.

CAPÍTULO VI

"El Gato"

Chano Sáez, teniente austral de los Montañeros, tenía bien presente la recomendación privada de Marcos Cortezo referente al hombre que cabalgaba a su lado al frente del centenar de forajidos.

“Dale confianza. Cuando lleguéis al paraje de la gruta y veas el tesoro, descuartiza al guía.”

El guía era Frasco Zarzales, que se presentó con el apodo de “El Gato”.

Su participación en el final exterminio de los Montañeros había. consistido en atraerlos hacia la gruta, que en verdad recelaba el tesoro del capitán Kidd.

Sólo que la gruta tenía un acceso mortal. Únicamente podían llegar a ella los que conocían el estrecho sendero por el que el suelo era sólido.

Un sendero que, con orientación muy laboriosamente practicada, evitaba la mortal succión devoradora de las arenas movedizas.

El propósito de Frasco Zarzales era bien definido: acuciar a los piratas de tierra con la proximidad de un tesoro, haciéndolos internarse al galope por la llanura traidora.

Chano Sáez, el mestizo chileno de ojos pitañosos, levemente cojo y con un hombro deformado, gozando de poder de mago adivinador entre los forajidos que mandaba, tenía poca facilidad para ser cordial.

Pero le facilitaba la tarea la simpatía natural que emanaba del aventurero sevillano.

En un alto del camino, para restaurar fuerzas y dar descanso a los caballos, acampando tras la ladera de un altozano, Chano Sáez

empezó su labor de "dar confianza".

—Suerte has tenido, "Gato".

—Siempre la tuve, Austral.

—Hago mención de que nuestro jefe te diera buena acogida.

—En mis talegas venía un tesoro.,

—No aceptan los Montañeros compañía de nadie.

—El oro todo lo allana. Diferencias de raza, castas, pelaje. El oro es la varita mágica que mucho puedo,

—¿Por qué tú solo no emprendiste la busca del tesoro?

—Por la razón que a tu jefe expuse. Cerca de la gruta hay una fortaleza de soldados españoles.

—Rondaremos pues la gruta por la noche,

—Es llano arenoso, donde los cascos no harán eco. Pero por lo mismo que es llanura, tan pronto salgamos de la espesura, al galope que corto es el trecho penetraremos en la gruta. Cuanto menos tiempo andemos por arriba, mas tendremos para andar debajo y menos para ser vistos, desde la fortaleza.

—Mi idea es otra. Formar línea de defensa, para no ser estorbados, ¿comprendes?

—No del todo.

—¿Es ancha la llanura de la gruta?

—Un círculo con diámetro de dos leguas, si sabes lo que es un diámetro.

—Sí tus letras tienes, también téngolas yo. No soy un inculto mestizo, "Gato". Mis hombres saben que poseo secretos que sólo con el mucho saber se adquieren.

—Para este caso en concreto basta con que sepas lo que es un diámetro.

—Lo sé. Alrededor del círculo de la llanura, ¿hay malezas?

—Sí.

—La mitad de mis hombres pueden formar en las malezas línea defensora contra un posible ataque ele la fortaleza.

—Pueden.

—Colocándose entre la fortaleza y la gruta, nos permitirán entrar a salvo y salir de igual modo de la gruta. ¿Es mucho el tesoro?

—Digno de quien allá lo enterró.

Chano Sáez con el remate de su lanza trazó en el blanco suelo

húmedo del sombreado lugar, dos círculos.

En uno formó un garabato semejante a un aspa. En el otro trazó tres rasgos serpentinos.

Frasco Zarzales contempló unos instantes los rostros torvos y sombríos de los Montañeros que bebiendo y comiendo, no se separaban de sus monturas.

Sentía una íntima repugnancia, como si en vez de seres humanos, se hallara con embrutecidos infra hombres.

Chano Sáez inquirió:

—¿Sabes lo que son estos círculos?

—Tú me lo explicarás.

—Invocaciones.

—Ah... ¿Cuál es tu ángel de la guarda?—ironizó el sevillano.

El mestizo tendió hacia delante el índice y el meñique de su mano izquierda en gesto de exorcismo.

—No mientes lo inexistente.

—Si no existe ¿por qué lo rechazas con exorcismo?

—Estos círculos representan la llanura de la gruta. El de los tres rasgos es para el augurio de éxito. La cruz nos traerá dificultad. De los dos círculos el que primero se borre, me indicará lo que nos espera.

—Ya... ¿Y quién lo borrará?

—La invisible mano de mi Dueña

—La humedad del suelo sorbiendo.

—No te burléis, que otros lo hicieron y por fin en mí creyeron—dijo sentenciosamente el mestizo.

—Lo que nos espera yo puedo anticipártelo sin necesidad de invocar a nadie—dijo seriamente Zarzales.

Pero el mestizo no repicó. Miraba fijamente el suelo donde iban esfumándose los trazos que había dibujado con el regate de su lanza.

Por curiosidad también miró Zarzales. La humedad del suelo acabó por dejar totalmente borrado el círculo conteniendo los tres trazos serpentinos.

Chano Sáez con el pie borró el círculo del aspa.

—Mal augurio para nosotros—anunció.

Encendió una corta pipa de arcilla repleta de hojas verdes de tabaco

Sus ojillos ya enfermos por el humo acre, empezaron a segregar un líquido purulento.

Frasco Zarzales separóse para acariciar la cabeza de su caballo, el cual agradeció el halago, hociqueando en empuje amistoso del hombro de su dueño.

—Hermosas son tus ojos, amigo. Hay lealtad y nobleza. Tus orejas están continuamente erectas. No te gusta la compañía. A mí tampoco, pero nos cabe la satisfacción de quitar de en medio a esa piara de repugnantes sujetos.

Cesó de hablar porque sintió acercarse a alguien.

Chano Sáez fumando, envuelta la cabeza en nubes de humo apestoso, habló con intención de “dar confianza”:

—Bello animal el tuyo, “Gato”,

—Eso le estaba yo diciendo.

—¿Por qué te apodan “El Gato”?

—Mis ojos.

—Anchos y de verde color. A muchas mujeres han debido engañar.

—¿Piensas dar más descanso a tus hombres?

—Si hacia el oeste vamos, que nos dé el crepúsculo en el llano de allá. No quiero tener encuentros con avanzadillas españolas.

—Ni yo. No dejarían a ninguno vivo.

Y era sincero Zarzales. Mas prefería entrar en las arenas movedizas. Allí tenía una remota posibilidad de salvación.

Reanudaron la marcha transcurrida una hora. Comprobaba Frasco Zarzales que el chileno no dejaba nada al albur.

Varios de los Montañeros muy destacados iban en cabeza, en vanguardia exploradora. Y todos eran jinetes avezados a aprovechar el menor obstáculo para guarecerse con él mientras avanzaban.

Llegaban a la cima de una vertiente por la cual transcurría en plácida quietud un arroyo, cuando Chano Sáez detuvo su caballo, imitado por cuantos le seguían y por el sevillano.

Uno de los exploradores regresaba al galope.

Vino a flanquear a su cabecilla.

Chano Sáez conminó:

—Habla. “El Gato” es nuestro amigo y guía.

—Fortaleza a diez leguas oeste— dijo el Montañero.

Miró Chano Sáez al sevillano. Frasco Zarzales encogióse de

hombros:

—Achacad a los primeros españoles la abundancia de fuertes con guarnición armada. Pongamos más leguas, y es fácil remedio. Describamos desviación otras tantas leguas al este, y queda evitado este peligro de escaramuza.

—Desviad al este—ordenó Chano Sáez—. Por aquel collado cuya arboleda nos cubrirá.

No fue hasta el día siguiente, cuando se presentó la primera alarma seria.

Encontrábanse acampados en espera del anochecer para seguir la marcha, durmiendo la mayoría, cuando un Montañero aproximóse a Chano Sáez, que fumaba, teniendo a su lado a Frasco Zarzales, tendido en su manta, pero despierto.

—Jinetes españoles por oriente.

—¿Cuántos? — inquirió el teniente Austral.

—Unos treinta. Vienen hacia aquí.

—Dispuestos todos.

Cada Montañero fue ocupando escondrijo preparado su mosquetón, y terciada la lanza. Rodearon los belfos de sus monturas con diestra lazada para impedir relinchos delatores...

Frasco Zarzales respiró íntimamente cuando comprobó que los jinetes españoles pasaban a unas dos leguas, dirigiéndose hacia el sur.

Eran con toda posibilidad fuerzas de relevo a una guarnición. Reanudaron la marcha al anochecer los Montañeros.

Rehuían toda cercanía con aldea o lugar habitado. Su avance era siniestro por el silencio en que llevaban sus monturas al paso, rodeados los cascos con trapos.

Al amanecer volvieron a acampar. La llanura de las arenas movedizas distaba ahora unas tres horas al paso de caballo.

Así se lo comunicó Zarzales a Chano Sáez. Y el incrédulo sevillano, llegó a pensar por un instante en las dotes mágicas atribuidas al teniente Austral de los Montañeros, cuando oyó a éste susurrar entre sus ennegrecidos, dientes ralos:

—Estamos todos sentenciados a muerte.

Fingió Zarzales no haber oído bien.

—¿Dijiste...?

—Esta noche mientras caminábamos una lechuza ululó por cinco

veces y al mismo tiempo agitó las alas.

—Cosas muy naturales.

—Era una lechuza parda. Si hubiera ululado tres veces era muerte segura para algunos, pero sus cinco llamadas avisaban a la Parca. Moriremos todos antes que amanezca el día de mañana.

—Si tan seguro estás, demos media vuelta.

—El Destino es inexorable, y siempre se cumplirá. Tengo sueño. Tú nunca duermes, “Gato”. Siempre que descansamos permaneces alerta. Estás, entre compañeros.

—Sé muy bien que nada me pasará entre vosotros, porque para algo os conduzco al tesoro.

—A la muerte.

—Según la lechuza, es posible.

—Mañana al amanecer que no verás tu cadáver, pregonará que Chano Sáez presintió nuestro final.

—Duerme, Chano Sáez. Nunca tuve ante mis pupilas, peor agorero que tú.

Y ésta vez, Frasco Zarzales durmió. Estaba rendido, y el sueño ahuyentó su principio de creencia en su propia muerte.

CAPITULO VII

El Saltamontes

"Un oso enseñando los colmillos", fue como Diego Lucientes calificó mentalmente la jovial risa del coloso rubio, el noruego Olaf Bjordom, teniente Septentrión de los Montañeros.

—Eres gracioso, Saltamontes—afirmó el noruego.

—Será porque todos estos pendejos que nos siguen y que tú mandas son la imagen más viva de la muerte errante. Y en contraste, yo que aprendí el difícil arte de reírme de mi sombra, casi resulto ocurrente para ti.

—Seremos buenos amigos.

—Hasta la tumba, no lo dudes.

—Por aquí no rondan soldados españoles. Nuestro avance es, pues, tranquilo.

—Hasta que silben las flechazas de los enanitos.

—Los jíbaros podrán matar a algunos, pero tengo gente bien repartida. No caeremos en emboscada.

—Para ser noruego, eres un loro muy español.

—Dejé mi tierra muy adolescente.

—¿Qué tal se vive por tu aldea?

—Pesca y caza. Míseros sin esperanza de fortuna.

—Pero morirán de viejos y con sonrisa beatífica. Y tú y yo, en cambio, dando pataletas... ¡Brrr! Prefiero hablar de cosas más divertidas. ¿Qué tal son las noruegas?

—Recias y sólidas para el trabajo.

—Recias y sólidas son también las Damas del Arco. Montan mejor que muchos de tus pendejos, y tiran el venablo que es un gusto.

—Pero dijiste que llevan coraza de oro y que rematan sus

venablos con perlas como contrapeso.

—Un consuelo cuando veas vibrar el extremo del venablo brillante en perlas, mientras la punta de hierro te muerde ese pedazo de carne que en el pecho te sirve para regar tus carnazas.

Rió el noruego ampliamente. También recordaba la orden de Marcos Cortezo, idéntica a la recibida por Chano Sáez, en cuanto al trato a recibir por Diego Lucientes, una vez el botín obtenido.

Además, gustaba de las fúnebres chanzas del pelirrojo. Y también por curiosidad inquirió:

—¿Por qué te apodaban el "Saltamontes"?

—Brinco y retozo sin ton ni son. Me he tomado la vida como si fuera danza de pandereta. Me gustó siempre buscarle cinco pies al gato, y basta hoy sólo arañazos saqué. Me consideraban un loco atolondrado, y estaba yo muy de acuerdo. Mucho honor el tuyo, Olaf, como te llames, que no lo pesqué.

—Bjordom. El nombre de mi aldea. ¿Cuál es mi honor?

—El no tener ninguno, salvo el de estar oyendo mi testamento que a la posteridad dedico.

—Eres gracioso. No piensas morir.

—Ojalá... Pero estoy de malas hoy. Me huelo cadáver. Me considero un sentenciado.

—Nosotros con una coraza por hombre y un saco de perlas, nos confutaremos. Morirá el que más quiera. ¿Quieres tú más?

—Nunca fui ambicioso. Pero es que entrar allá es fácil. Salir es otro cantar.

—Los jíbaros nada podrán contra mis cien Montañeros. Van a pie.

—Déjame endilgarte una parábola. En cierta selva vi acudir estrepitosa-mente muchos elefantes. Nada me hicieron porque me aparté. Y apenas se iban, y yo me abanicaba ufano, perdí el sentido. ¿Y sabes por qué?

—La impresión.

—¡Quita allá, Olaf y lo demás! fue que en mi coronilla descubierta rebotó el coco que desde un árbol me lanzó un avieso mono.

Rió estentóreamente el noruego. "Dar confianza"... Ser cordial. Y su aspecto de gigante ingenuo, donde sólo los fríos y límpidos ojos azules hablaban de inhumana crueldad, contrastaba con los

morenos, enjutos y sombríos mestizos.

—No resulta aburrido acompañarte, “Saltamontes”.

—Bicho que siempre distrae.

—¿Crees entonces que las amazonas son los elefantes y los jíbaros los monos?

—Mi galantería que hasta la muerte no me abandonará, me hace rechazar con vehemencia el calificativo aplicado a las bellezas salvajes. Ellos sí que simios parecen. Pero ya verás a unos y a otras... Abre bien los ojazos, encanto, para no perder detalle.

—Descuida. ¿No estabas haciendo testamento?

—Tu risa es asaz ruidosa. ¿Sabes lo que es echar margaritas a los cerdos?

—No.

—Es dar manjar delicado a quien no lo merece. Valgo yo mucho, para que te rías tú oyéndome. Pero, en fin, si contigo estoy, es porque me dio la gana, Apechugo. La selva hacia la que vamos es desde esta distancia verde, paradisíaca, encantadora. Así es la vida contemplada por primera vez sin afán de penetrarla. Y quien analizarla intenta, o se amarga o se embebe, se empapa de vinazo y sueña ideales. ¿Sabes acaso tú lo que son ideales?

—Los imposibles.

—Repámpanos... ¿A que me resultas todavía más filosofastro que yo? Bien definido. El ideal es eso que perseguimos, y así nos tiemblan las costillas de los batacazos.

—Para bandido eres tú muy soñador.

—Tengo mi corazoncito. El caso es que para no perder el hilo, te diré que si con la vida hiciéramos lo que debiéramos hacer con esta selva, es decir, no profundizar, viviríamos mejor. Cuando de niño despanzurramos el primer caballo de trapo para ver lo que tiene dentro, y comprobamos que no hay peces de colores, sino vulgar serrín, ya tropezamos con el primer desengaño. Total, que tú no entiendes ni jota, y yo pierdo el tiempo como el que predica en desierto. Pero esas lecciones postreras aprovéchalas bien, Olaf de mi alma. Ya las continuaré en la olla donde tú y yo herviremos como garbanzos en infernal cocido bien guisado. Oye, como no quiero ponerme patético, te llamaré Pepe, ¿sabes? Es un nombre que reconforta. Un Pepe no pueda ser un sentenciado a muerte.

—¿Acaso hay celada preparada?

—Ingenuo... ¿Estaría yo a tu lado?

—No pienso separarme de ti un solo momento.

—Tu fidelidad y ternura me emocionan, Pepe. Si hablo de sentencia a muerte es porque conozco ya cómo las gastan las Damas del Arco. Son poco propensas a cariñitos, aunque a mí me eligieron reyezuelo por orden del que allá cortaba el bacalao. Eso de bacalao es de tu tierra, que así apestará. El insistir en que estamos con la bota en el estribo y el pie próximo a secarse, es porque cazar corazas de oro tiene sus miajillas de peliagudo, Pepe.

—Para nosotros, Montañeros, el merodear por las selvas es una costumbre adquirida, y el peligro es mínimo.

—Tierra a la que vamos es por todos ignorada, y pocos son los que, como yo gracias a Víctor Montjoy conocemos a fondo la cartografía de esta gran región bañada por el mayor de los ríos y que es tierra prometida para generaciones venideras, pero que hoy es aún tierra casi desierta, ignota y que duerme esperando su hora. No te vendrá mal una lección de geografía.

—¿Falta mucho para llegar al castillo que dices es tu primer punto de referencia?

—Un par de días.

A continuación extendióse Lucientes en una explicación de lo que en 1723 era llamado la tierra maldita y embrujada.

El Amazonas era el gigante de los ríos. Tenía cuatro mil ochocientos kilómetros de curso desde su manantial a su desembocadura y durante su transcurso recibía afluentes, de los cuales treinta que acarreaban más agua que el Sena, once más caudalosos qué el Rhin y seis tan caudalosos como el propio Amazonas.

Su cuenca ocupa veinticinco grados en latitud y treinta en longitud, es decir, un perímetro de seiscientas por setecientas leguas.

Es el mayor sistema hidrográfico del globo terrestre, y que por aquella época sólo era conocido por su desembocadura, cuyas dos grandes bocas las separa la isla de Marajo, que tiene cuatrocientas veinte leguas de perímetro.

Olaf Bjordom tenía atisbos de humor...

—Lo que aprendo de nada me sirve, “Saltamontes”, sin con mis propios ojos no lo veo. Y debes saber que soy difícil de asustar ya

que antes de ser lugarteniente de los Montañeros lo fui del capitán Tadeo y con él recorrí el río desconocido llamado Paraguay. Y fui el único en regresar a la vida. Todos los demás murieron.

—Largo es el viaje. Tolero, pues, que me cuentes tu aventura del río Paraguay. Resultará más interesante que nuestra caminata hacia la muerte.

El relato de Olaf Bjordom era curiosísimo. Se refería a una comarca casi sin explorar, donde un aventurero habíase erigido en supremo dictador, no respetando ninguna ley internacional.

Llamábase o hacíase llamar Francia, y su extraña ley por la cual impedía a todo extranjero que colocaba las plantas en sus dominios, de volver a salir de ellos, debía tener más de un epílogo funesto sobre el destino de muchos viajeros imprudentes.

El sabio francés Bonpland, amigo de Humboldt, que además de un sabio era un filósofo estoico, se resignó para siempre a no volver nunca más a su tierra natal.

Pero no era tan estoico el capitán Tadeo, portugués de origen y que carecía de resignación de sabio.

Era un hombre extremadamente violento, de tez encamada, porque siempre estaba bullendo de cólera, y poseía unas patillas y un cabello también color vino.

Este matiz colorado característico de su físico, estaba aún más realzado por una mancha de vino, marca de nacimiento que cubriendo su nariz y su mejilla derecha le daban un aspecto desagradable.

Esta mancha le había forjado una reputación de extrema fealdad, cosa que le hacía sufrir íntimamente.

Pensaba en ello sin cesar, y cuando en la imposibilidad de volver a zarpar de Asunción, quiso ver al desconocido déspota Francia, le fue dicho que el tirano aventurero se negaba a verlo.

Creyó el capitán Tadeo que era a causa de su fealdad qué no obtenía audiencia e inmediatamente redactó una petición escrita en la cual se declaraba presto a cubrir su rostro con una máscara.

Oferta que no fue aceptada.

El capitán Tadeo había remontado el Paraguay sobre el velero “Esperanza”. Traía varias mercancías y contaba cambiarlas favorablemente por un cargamento de tabaco del cual pensaba sacar enormes beneficias.

La muerte, a la cual debía resistirse con tenacidad un poco más tarde, casi se apoderó de él cuando lanzaba anclas a lo largo del puerto de Asunción.

Un oficial mercenario, elegido a propósito con una anatomía granítica y carente de nervios, estaba encargado en el puerto y como representante de Francia, de anunciar inmediatamente a los navegantes imprudentes, que allí terminaba para siempre su viaje.

Este oficial había seguido hasta su cámara al capitán Tadeo. Pudo estudiar, si tenía un espíritu curioso, todo lo que una viva emoción puede producir, como cambios de color, en un semblante humano.

Oyó al capitán Tadeo tartamudear y le vio precipitarse hacia una panoplia de la cual extrajo una pistola.

El oficial estaba cerca del umbral y corrió hacia el entrepuente. El capitán Tadeo le persiguió, pistola en mano y disparó.

Falló el tiro y el oficial que había percibido que tan sólo llevaba su perseguidor una pistola, corrió ahora hacia el capitán y asestándole expertos puñetazos le administró una soberana paliza.

Era aquel un mal inicio en la capital de un estado salvaje, donde el destino permitía entrar, pero no volver a salir.

Por la noche llegó un piquete de extraños soldados que se instaló sobre el puente de la “Esperanza” y un especialista en maquinarias, vino a desmontar las piezas del timón.

El capitán Tadeo vendió su cargamento y consiguió un precio espléndido. Pero no compró tabaco y cuando, al cabo de cierto tiempo, se dio cuenta de que no obtendría entrevista con el dictador y que éste no revocaría su decisión de no dejar salir a ningún imprudente que llegara a sus dominios, el portugués se preguntó si era necesario seguir pagando a una tripulación que no trabajaba.

Licenció poco a poco a todos sus hombres a excepción de su contramaestre que se negó a abandonar el navío. Este hombre fiel e ilusionado no cesó de argumentar en su fe en que pronto el velero zarparía río abajo hacia el mar libre.

El capitán Tadeo, menos ilusionado, cayó en un estado de postración melancólica y se dedicó a beber abundantemente, frecuentando los tugurios del puerto y por un curioso fenómeno adquirió, aún más rojez en su cutis, y su mancha de vino fue hinchándose, tomando una coloración violeta, cosa que aun agravó

más su fealdad.

Se dejó abandonar a comentarios imprudentes contra el reyezuelo Francia, y hasta permitirse amenazas.

Y como sucedía que con frecuencia quienes habían oído algo desfavorable al déspota, aunque no lo hubieran aprobado, se veían azotados públicamente, sus compañeros habituales temieron su presencia y las tabernas se vaciaban cada vez que llegaba el capitán Tadeo.

Se le previno varias veces de las razones por las cuales le hacían el vacío. Lo advertían que un día u otro, el improvisado ejército de maleantes que había acompañado a Francia en su conquista de aquella salvaje región, le apresaría para ser torturado.

Pero todas aquellas advertencias Inician redoblar la fácil cólera del capitán Tadeo, que continuaba diciendo cuanto se le antojaba, retando a Francia y a todo su ejército.

Pero he aquí que un día se cruzó en una calle con el tirano Francia. Un encuentro así era algo extraordinario. El misterioso rey del Paraguay salía escasamente.

Y cuando salía estaba rodeado de jinetes y precedido por numerosos esbirros armados que empujaban a distancia a cuantos transeúntes se hallaban por los alrededores y si no se apartaban a tiempo los golpeaban brutalmente.

Cuando se veía aproximar la escolla nutrida del misterioso rey del Paraguay, los habitantes de Asunción cerraban rápidamente sus ventanas, Habiendo que la escolta disparaba sin previo aviso contra toda ventana abierta por la cual pudiera asomar arma mortífera.

Era en una plazoleta. El capitán Tadeo no distinguió al reyezuelo, que no tardaría en ser procesado y encarcelado por los españoles, vio a lo lejos un grupo de jinetes.

Pero no se dobló por la cintura según la costumbre, sino que, al contrario, se enderezó cuanto pudo bombeando el torso, y mostrando retador su rostro donde la mancha de vino amorataba...

Ahora bien; aquella actitud desafiante fue percibida por Francia, ya que correspondía en aquel momento a una de sus preocupaciones.

Francia a fuerza de contemplar a los indígenas y criollos doblados en pos delante de él, empezaba a suponer que el clima quizás contribuía a encorvar a los habitantes, dándoles una especial

inclinación de cabeza, de las cuales sólo veía las nucas.

Empezaba a preguntarse si debería encargar a expertos cirujanos la autopsia de algunos habitantes para averiguar las causas de aquella postura y descubrir qué hueso del cuello era el que tenían desviado, y por qué motivos.

Por eso mismo, quiso enterarse de quién era aquel personaje que podía mantenerse erguido y todo permitía suponer que el capitán Tadeo no tardaría en convertirse de vertical supino en horizontal definitivo.

Pero un acontecimiento surgió que alteró por completo no sólo la vida del capitán Tadeo, sino también el estado económico del Paraguay, en aquel intermedio de tiempo en que los españoles no habían aún recuperado el mando de aquella región.

El acontecimiento fue un ciclón nunca jamás presenciado, un ciclón acompañado de lluvias abundantes.

Aquellas lluvias fueron la causa de una crecida copiosa del Paraguay que se manifestó primero por el paso súbito de una avalancha diluviana de agua.

Desde el comienzo del fenómeno natural, el capitán Tadeo había vuelto a cubierta de la “Esperanza” donde, como de costumbre, encontró a su contramaestre, sudando por el esfuerzo de ir maniobrando ante la posibilidad de zarpar.

Aunque sin tripulación y contra toda verosimilitud, siempre alimentaba la esperanza de un próximo izar de velas.

Tadeo y él consiguieron evitar que el navío se estrellase contra los malecones o contra los otros buques anclados.

Pero llegó un momento en que unos heroicos jinetes descendieron a lo largo de las orillas del Paraguay anunciando la temible proximidad de una tromba de agua que arrastraba árboles, piedras, chozas, ganado y seres humanos en confusa mezcla macabra,

Sin duda alguna el capitán Tadeo concibió el insensato proyecto de huir de Asunción a, favor de aquella tromba y descender hasta el Océano.

Izó varias velas para ayudar al viento furibundo y sólo este temerario acto de oponer velamen al desencadenado Eolo puede explicar la extraña aventura.

La crecida del Paraguay que cada invierno tenía lugar,

amontonaba en su ribera derecha tierras, de aluvión, pero aquella ribera por decisión de la Naturaleza, era mucho más baja que la ribera del margen izquierdo.

Aquella ribera formaba una extensión de arenas y tierras por entre las cuales sólo se aventuraban indios y algunos cazadores.

Cuando amainó el ciclón y se pasó revista a los daños, causados, se vio que la mayor parte de los navíos anclados cerca de Asunción estaban destrozados o sumergidos.

Pero era lo natural.



Con su proa hundida...

Lo que asombró fue saber que muy lejos, a varias millas del río, en medio de las arenas y los pantanos que ya un sol ardiente desecaba, se encontraba el velero "Esperaba", con su proa hundida en el suelo.

No se supo exactamente en qué estado de ánimo se encontraba el capitán Tadeo después de aquella evasión, fallada tan deplorablemente.

Puede deducirse aproximadamente su estado de ánimo, sabiendo que un esbirro de Francia, encargado de averiguar los daños y perjuicios del ciclón y que se dirigió hacia el velero "Esperanza", nunca más regresó.

Salieron otros a la búsqueda del esbirro y le encontraron muerto a cierta distancia del velero "Esperanza".

Tenía un balazo entre cejas.

El oficial que hizo aquella comprobación examinó con desconfianza el velero y pudo comprobar con gran sorpresa que un hombre estaba reparando el timón, manteniéndose a duras penas sobre el plano inclinado que ahora era la cubierta, debido al hundimiento de la proa y al alzamiento de la popa.

No pudo llevar más lejos sus observaciones, porque otro hombre, el capitán Tadeo, surgiendo inesperadamente con dos pistolas, empezó a disparar.

El oficial oyó silbar las dos balas muy cerca de sus oídos, y optó por cabalgar hacia Asunción.

Pero era preciso que la ley triunfara. Francia envió al día siguiente al mismo oficial con una sección y la orden perentoria de apoderarse del velero y de traer prisioneros a sus dos únicos ocupantes.

A la mañana siguiente no quedaba rastro alguno del esbirro que había sido muerto por el capitán Tadeo.

Los buitres primero y después los cocodrilos se encargaron voluntariamente de hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Sobre la cubierta del "Esperanza", el contramaestre trabajaba activamente y se ocupaba a ojos vistas, a pesar de la imposibilidad de un resultado positivo, de reparar el velero para ponerlo en condiciones de navegar sobre un río... que estaba a varias millas de distancia.

El oficial agitó en vano una bandera blanca en petición de parlamentar.

Percibió, como una mancha roja, la faz del capitán Tadeo y oyó numerosas imprecaciones portuguesas que pronto fueron acompañadas por disparos de mosquetón y de pistola.

Juzgó prudente retroceder a una distancia donde las balas no podían llegar.

No podía regresar sin haber cumplido las órdenes de Francia. Acampó en el único lugar propicio y seco, entre varios lagunajos de agua verdosa, por entre raquíticos matorrales inclinados por el reciente ciclón.

Al anochecer sus hombre recogieron algunas ramas y sin examinar el terreno, encendieron fuego, tanto para hacer cocer unas provisiones como para alejar a los cocodrilos que pululaban por aquella extensión.

Este fuego causó primero la alegría normal que procura toda llama en húmedas comarcas. Pero duró poco la alegría.

Una explosión estalló; pareció que la tierra se abría y el oficial y sus esbirros viéronse proyectados lejos.

El capitán Tadeo había previsto que aquel lugar abrigado sería escogido para acampar y fiándose al azar, sembró varios barriles de pólvora bajo la arena.

Ningún esbirro murió, pero tanto ellos como el oficial quedaron cubiertos de atroces quemaduras y fue en un estado miserable que regresaron a Asunción.

El furor de Francia adquirió matices apoteósicos. Hasta se habló de transportar varias baterías de grueso calibre y cañonear el velero “Esperanza”.

Finalmente decidióse vencer al capitán Tadeo por el hambre. Varios grupos armados cercaron el velero, como es natural, examinaron con meticuloso cuidado la arena sobre la cual iban encendiendo fuegos nocturnos.

Se ignoraba en qué proporciones estaba aprovisionado el velero. Pero con fundamento se suponía que la loca fe del contramaestre en un posible navegar, hubiera acumulado ea el navío suficiente cantidad de víveres para resistir largo tiempo.

Hábiles tiradores trataron de alcanzar al contramaestre mientras éste dedicábase a recorrer la cubierta inclinada, corriendo de popa a proa y frenando de proa a popa.

También intentaron dar en el blanco que suponía la roja cabeza del capitán Tadeo, cuando se asomaba. Pero fallaron ambos blancos.

Un hombre intrépido quiso aprovechar una noche obscura y

partió con un haz de resinas y un saquito de azúcar y pólvora para incendiar el velero “Esperanza”.

Otro tan intrépido como él, le acompañó portando un mosquetón y dos pistolas para proteger la intentona.

Pero la intrepidez no siempre triunfa.

Cuando los dos se encontraban bastante cerca de la meta, y se arrastraban entre dos charcos pútridos, lanzaron un grito horroroso, oyóse varios crujidos de poderosas mandíbulas, removióse el agua estancada con briosos coletazos, y ambos desaparecieron en pedazos entre las fauces de varios cocodrilos.

Aquel sitio hubiera durado quizás mucho tiempo, pero el aviso de que se aproximaba un importante grupo de Indios Tobas en marcha hacia aquel botín inesperado que era el navío cautivo de la tierra, obligó a los grupos sitiadores a replegarse batiéndose en retirada hacia Asunción y sus fortalezas protectoras.

Entraron en la ciudad al ocaso. Una hora después los que miraban en dirección al lugar donde se encontraba el velero “Esperanza”, vieron una llamarada ascender hacia el cielo al mismo tiempo que llegaba hasta ellos el fragor de una lejana explosión.

El capitán Tadeo y su contramaestre habían hecho saltar el velero permaneciendo en cubierta, mientras alrededor del casco formando ángulo agudo con el suelo, varios Indios Tobas cesaban para siempre en sus danzas preparatorias del asalto.

Como no había cesado de creerlo, el contramaestre del velero “Esperanza”, éste acababa de zarpar…

Pero era en una dirección muy distinta a la que había supuesto. En lugar del río corriendo entre bosques y selvas vírgenes, en lugar del vasto Océano, el velero “Esperanza”, había alcanzado rápidamente el mar sin dimensiones y sin riberas… El invisible mar de la Nada…

—Me place—aprobó Lucientes—. Casi es tan buena tu aventura como las vividas por Gastón D’Arsonval, el Flamenco. Somos tú y yo, pues, dos sujetos que podemos presumir de haber estado en regiones de las que nadie regresa.

—Como escapé del Paraguay, escaparé del Amazonas.

—Confórtate, que falta te hará. ¿No ves que por acá hasta la luna es sangrienta?

Miró Olaf Bjordom hacia el varío cielo crepuscular donde la luna

iba redondeándose entre jirones de nubes rojas…

Rió el escandinavo.

—Lejos está y no hiere. En cuanto a los jíbaros nada podrán, gracias a las medidas que he tomado. Y las Damas del Arco sabrán lo que es pretender asustar a los Montañeros.

Siguió la comitiva su marcha. Diego Lucientes empezaba a arrepentirse del arranque generoso que le había hecho convertirse en vivo señuelo sentenciado a muerte para exterminio de los Montañeros…

Y evocó para darse valor la serena alegría de Frasco Zarzales que poseía una fe ciega en (sobrevivir de aquella aventura, al igual que la calmosa flema del agresivo Gastón D'Arsonval.



Hay personas que emanan un fluido que sobrecoge el ánimo, predisponiendo a presagios funestos.

Marcos Cortezo era para Gastón. D'Arsonval una de estas personas. Le vio acercase, reprimiendo un estremecimiento.

—Otro relato—exigió el chileno—. A ti te sirve de reposo y a mí de amena pausa. Hay una extraña luz en tus ojos, como si la fiebre invadiera tus miembros.

—Tengo fiebre. Me disgusta tu proximidad. Eres repelente, como si fueras algo animado de vida, pero sin alma.

—Muchos saben que yo no soy un ser humano.

—Bestial jactancia, Marcos Cortezo. Eres hombre por nacimiento, y es tan sólo tu especial cerebro el que te hace parecer un ser de otros mundos.

—Reconoces la existencia de otros mundos. ¿Por qué yo no he de proceder de uno de ellos? Contesta.

Gastón D'Arsonval voluntariamente hizo una larga pausa. Después habló lentamente:

—Va a ser mi último relato, Marcos Cortezo.

El chileno, sin alterarse, clavó sus fríos ojos en el semblante del belga, que tenía cierta tensión muscular…

—No ha regresado aún Sat-Song— replicó.

—Va a ser mi último relato. Habla de un ser que también parecía fantasmal y procedente de otro mundo… y era de carne mortal como tú y yo. Escucha con atención, Marcos Cortezo. porque quizá nunca más oirás relato alguno.

—Escucho.

CAPITULO VIII

El último relato de Gastón D'Arsonval

Circuló hace veinte años el rumor de que el Vulto, el genio del mal que reinaba en las altas cimas de la Cordillera, había bajado a los valles para participar en las tragedias que con más ímpetu que nunca proporcionábanse entre sí los mortales.

Este Vulto adquiría la forma humana en sus; correrías. Se le representaba como siendo de alta estatura, con una faz lívida y unos brazos larguísimos gracias a los cuales agarraba a Ion humanos que tenían la desgracia de caminar por las noches en las carreteras.

Pronto fue generalizado el rumor de que el Vulto erraba en las montañas y selvas de San Lorenzo y que sólo atacaba a los blancos, como si quisiera exterminar esta raza.

No hacía el menor daño a criollos e indígenas. Hubo una gran extrañeza en todos los pueblos de la provincia de Patia, cuando se supo de fuente cierta, —sin saber en qué fundamento se basaba esta certidumbre—, que el Vulto residía principalmente en la parte más intrincada de la selva de San Lorenzo dónde se erguía la iglesia de Santa Rosa.

En el seno de la húmeda y tenebrosa floresta, lejos de la claridad del sol, los españoles animados por la fe al mismo tiempo que por su espíritu de conquista, habían construido una hermosa iglesia, sin duda alguna para dar testimonio de la victoria del orden divino sobre las locuras terrenales.

Muchas habían sido las dificultades que hubo que vencer para transportar piedras, erigir columnas, en continua batalla con la selva. Los que, hace dos siglos se atacaban sin menor temor a los genios de la Naturaleza, habían talado, quemado, aliando, para construir caminos.

Lo habían logrado, pero para corto tiempo. La iglesia había ido alzando sus formas pétreas por entre los árboles gigantescos, pero alrededor de ella, con una rapidez vertiginosa, las plantas se habían multiplicado, las lianas habían ascendido, las ramas habíanse quebrado para fundirse en humus, y los insectos y fieras habían pululado en esta tierra que de ella misma sacaba su fecundidad.

Y poco a poco, con lenta invasión triunfal, la selva se había reconstruido alrededor de la iglesia, ge había soldado a ella, lanzando ramas a través de sus murallas, abriendo losas por el empujo de sus raicéis, y minando sus cimientos a la vez que sombreando sus techos.

Antaño, hubo alrededor de la iglesia, una comunidad numerosa de la cual toda huella había desaparecido.

Ahora hacía cerca de un siglo que ya sólo quedaba un sacerdote habitando una pobre morada agrietada, que parecía adherirse al flanco de la iglesia.

Era un lugar difícil de aprovisionar. Pero desde hacía unos cincuenta años, el cura de la iglesia de Santa Rosa no había cambiado. Era muy viejo, muy vigoroso todavía y muchos pensaban que era eterno.

Era Franciscano y se le llamaba el padre Florencio. No iba más que dos veces por año al pequeño poblado de El Trapiche y esta era su única comunicación con los hombres.

Una vez por año, escalaba la alta cima donde los Indios afirmaban que tres grandes ríos, el Orinoco, el Magdalena y el Cauca tomaban su origen.

El viejo monje a los ojos de los supersticiosos y de los, indígenas, pasaba por ser un brujo y un mago, y se decía de él que iba a la montaña a rendir homenaje a ciertos dioses del agua que allá moraban.

Se decía que practicaba la magia con uno de sus sobrinos que vivía con él, pero al cual nunca se había visto.

Se pretendía que este sobrino había atravesado varios poblados, cubierto el rostro con una máscara grande, y pronunciando el nombre de Florencio, y añadiendo que era su tío.

Se le había indicado un sendero que le conduciría al templo del bosque, si por el camino no le mordía una serpiente o le devoraba uno de los muchos jaguares que merodeaban por la selva de San

Lorenzo

Desde entonces alguna que otra vez había sido visto, pero cubierto ti rostro por entero con un gran velo.

La reputación de poseedor de dotes mágicos del Padre Florencio, debíase a que nadie podía explicarse, cómo aun contando con la ayuda de su enmascarado sobrino, podía sobrevivir, en medio de los peligros que le rodeaban, peligros de los miasmas pútridos, procedentes de la podredumbre de los vegetales acumulados.

Peligro de los reptiles de toda especie, peligro sobre todo de los jaguares, tan numerosos y audaces que loa habitantes de El Trapiche habíanse visto obligados a levantar empalizadas alrededor del poblado a causa de las nocturnas incursiones de las fieras.

Esos juagares, que tenían una corpulencia igual a los tigres, se habían convertido en una plaga de tal índole que nadie osaba aventurarse por el bosque sin ir en numerosa compañía.

Ahora bien, el padre Florencio deambulaba sin ningún temor por los estrechos senderos, y hasta por las noches, sosteniendo como única arma una pequeña linterna, cosa que nunca hubiérase atrevido a hacer ni el más audaz de los Indios.

Cuando se le preguntaba el secreto de tan desmesurado valor, sonreía infantilmente sin contestar.

Y por eso en los poblados y aldeas se pretendía que existía un pacto mágico entre él y las fieras de la fio

Pero otros decían que era su santidad la que le protegía. Estos que eran los que estaban en lo cierto, recordaban la vida del pobrecillo de Asís en cuyas manos las fieras bebían.

Pero los escépticos, afirmaban que el padre Florencio conocía prácticas diabólicas y que durante ciertas noches, el Vulto con su sudario, sus piernas esqueléticas y larguísimas y su cráneo bamboleante, venía hasta los peldaños de la iglesia a sostener raras conversaciones con el franciscano.

Por el mismo tiempo en que fue señalada desde el Popayán hasta Bogotá, la presencia de esta encarnación del mal que era el Vulto recorriendo montes y valles, otro rumor se extendía sin que pudiera saberse de dónde había tomado origen ni sobre qué bases de verosimilitud reposaba.

La estatua de Santa Rosa que guardaba celosamente el padre Florencio era milagrosa.

La estatuilla de Santa Posa adquiría repentinamente una virtud singularmente importante. Se le atribuía un poder especial. Se decía que el guerrero que la tuviera consigo, se aseguraría siempre la victoria.

Sólo era preciso ir a buscarla.

La estatua de la. Santa estaba construida con una extraña aleación de bronce y madera. Era de tamaño natural y estaba en un altar a la diestra del central.

El transcurso de los años y la humedad de la floresta la habían roído. Su semblante antaño rebosante de ingenuo candor angelical, parecía llagado.

Su vestido estaba roto en jirones. Un árbol brotando de las losas reventadas había enlazado y devorado el altar que se habría desmoronado a no ser porque el padre Florencio lo había sostenido a fuerza de maderos transversales.

Para un espíritu grosero era imposible creer que aquella humilde figura tuviera dotes milagreras.

El primer sorprendido en averiguar tal poder fue el padre Florencio cuando, atravesando el poblado de El Trapiche averiguó que la Santa de su templo era la que podía dar la victoria a uno de los dos generales empeñados por entonces en una reñida batalla por los alrededores.

Uno era el general del rey de España, Alvarado de la Torre, y el otro, un criollo rebelde llamado Barranco.

El padre Florencio, a la vez que sorprendido, estaba contrariado. Por razones impenetrables para los demás quería vivir solitario con sus compañeros de la floresta sin ser inquietado por visitantes,

Sólo gustaba de la compañía de los indios a los que trataba de catequizar y no esperaba bien alguno de los civilizados. Además, consideraba que tenía una misión sagrada y era la de velar por la estatua de la Santa.

Esta estatua, decía, había adquirida con los siglos una vida propia y personal. Ella le hablaba, le aconsejaba una paz espiritual inefable y su lenguaje era divino, sin humanas expresiones sino con revelaciones que sólo él captaba.

Apenas si su sobrino, el misterioso sobrino que algunas veces era visto en su compañía, siempre cubierto con el velo, tenía derecho a penetrar en la iglesia y echar una mirada a la estatua de Santa Rosa.

¿Iba un mísero profano supersticioso a arrogarse el derecho de profanar el templo y llevarse la estatua sagrada?

El padre Florencio, cuando le hablaron del rumor que atribuía a la estatua de la Santa virtudes bélicas, sacudió la cabeza dolorido y afirmó que sabría defender lo que era propiedad tan, sólo del Señor Todopoderoso.

El cristiano sincero aborrece toda superstición, pero en aquellos tiempos eran muchos los españoles que, creyéndose soldados de Cristo, incurrían en pueriles supersticiones.

La disensión entre los españoles del general Alvarado de la Torre, y los criollos del general Barranco, estaba en su apogeo. Acercábase la decisiva batalla.

Y en los dos campos se propagó con persistencia la idea de que era de absoluta necesidad apoderarse de la estatua de Santa Rosa.

Pero las opiniones eran diversas. ¿No sería un sacrilegio profanar un templo para llevarse una estatua antiquísima de una Santa?

Además, para que el poder milagroso de la estatua surtiera las efectos bélicos, era preciso que el jefe en persona de uno de los dos bandos fuera a apoderarse del talismán.

Ahora bien, aparte de algunos indios patianos, nadie se aventuraba a solas impunemente por la floresta do San Lorenzo.

El ejército del general Alvarado de la Torre, ocupaba entonces Popayan, poblado no muy alejado de la Selva de San Lorenzo.

El general Alvarado, había sido un gran cazador y se había complacido durante años a perseguir a caballo el “danta”, animal salvaje de la talla de un mulo y que sólo se encuentra por aquellos parajes de Popayan.

Como durante el curso de una comida con los notables de Popayan, se hablase de Santa Rosa y que los comentarios más diversos fueran emitidos en su presencia, una idea germinó repentinamente en el cerebro del general Alvarado de la Torre.

Llamó a un criado indio que no se separaba nunca de él y que le servía de ordenanza durante sus campañas, y con él se puso en camino hacia un destino que a nadie comunicó.

Había concebido el proyecto de ir a buscar la estatua, de colocarla sobre su caballo, e instalarla en un magnífico altar portátil, para que diera la victoria a sus fuerzas.

El general Alvarado tenía fama de actuar siempre por impulsos repentinos. Quejábase luego amargamente de las malas consecuencias de sus actos poco meditados, pero reincidía.

La idea de apoderarse da la estatua apenas formulada mentalmente, y la misma noche poníase en camino.

Sólo descansó al día siguiente por la noche en el poblado de Cococuna, donde se acostó, después de asegurarse que un guía indio le conduciría a la iglesia a través de la selva.

Pero el poblado pareció vaciarse como por encanto, y cuando amaneció vióse obligado el general a ponerse en camino acompañado tan sólo por su ordenanza, y contentándose con los vagos informes obtenidos por mujeres indígenas.

Pasó dos días en vanos intentos do encontrar el camino, extraviándose repetidamente, siempre alerta, a causa de ciertas zonas donde habían traidoras charcos pantanosos cubiertos por hierbajos y donde al no ser vistos por los caballos éstos podían hundirse de pronto con su jinete.

Por fin, cuando ya el tiempo que se había señalado para esta expedición transcurriera ya, sintióse inquieto pensando en lo que podría suceder en Popayan durante su ausencia.

Su uniforme estaba ya en jirones. Sentíase furioso y descorazonado. Y decidió tomar el camino de vuelta.

Y fue en aquel mismo instante en que había tomado tal decisión, cuando encontró la iglesia.

Se le apareció bruscamente en el mismo instante en que creía desembocar en un claro. Le pareció gigantesca, desmesurada y sintió sobre él una sombra más húmeda que la de los árboles.

Pero no tuvo tiempo de contemplarla y extrañarse por la poderosa sensación de majestad que tomaban aquellas piedras cubiertas de musgo, majestad aumentada por la sombra de los grandes árboles.

Sobre los peldaños de acceso al templo hubo algo que se movió en estremecimientos brillantes. Era un jaguar enorme…

Sin duda, el jaguar dormía y le despertó bruscamente la llegada del jinete. Se irguió, bostezó gruñendo y batióse en retirada.

Reculando llegó hasta el umbral entreabierto de la iglesia, se detuvo un segundo, miró amenazador a los recién llegados, sacudió el largo penadlo de su cola, gruñó y desapareció;

El valor y coraje del general Alvarado de la Torre estaban muy justamente acreditados y de ambas cualidades había dado numerosas pruebas.

Pero su valentía tenía un punto flaco. Nunca había podido ¡soportar el solo pensamiento de verse frente a frente con un jaguar.

Experimentaba hacia esta fiera la misma repulsión temerosa que otros resienten hacia los reptiles.

Aquella iglesia abandonada, con sus dos puertas entreabiertas, aquella iglesia que servía de guarida al enorme jaguar y quizá a toda una familia de jaguares, le pareció espantosamente pavorosa.

No se le ocurrió siquiera la idea de acercarse y empujar las dos puertas. Tiró de las riendas y a todo galope se alejó espoleando incansablemente los flancos de su caballo.

No explicó jamás esta historia. Tan sólo una vez lo hizo, porque estaba ebrio. Una historia que ni añadía ni quitaba nada a la gloria bien ganada del general Alvarado de la Torre.

Hubo otra tentativa para apoderarse de la estatua de Santa Rosa y fue hecha por el general Barranco en persona. Era un criollo de alma romántica, que estudió con deleite la posibilidad de apoyar una victoria sobre su contrincante, en una protección sobrehumana, tomando por símbolo una secular estatua de santa, escondida en un templo legendario entre selvas indias.

Con un ejército de dos mil criollos, acampaba en los escarpados bordes del Mayo. Tenía consigo como consejero a un aventurero inglés que se hacía llamar “comedor”, y se apellidaba Rooke, y también a dos hermanos portugueses llamados Mosquera.

Estaban comiendo los cuatro y empezaron a hablar del padre Florencio y de su templo, que los hermanos Mosquera conocían y donde habían ido por los alrededores varias veces.

Al igual que el general Alvarado de la Torre, también Barranco no pudo impedirse de sentirse tentado por la posesión de aquel talismán de victoria que reposaba allá, después de la altura que cortaba el horizonte.

Ya que la floresta de San Lorenzo se extendía hasta el Mayo y el templo estaba muy próximo. La idea de robar la estatua le acudió e inmediatamente los hermanos Mosquera se ofrecieron para acompañarlo.

Pero el general Barranco se negó. Deseaba lograrlo a solas. Su

carácter romántico estaba, sin duda, atraído por la fantasía aventurera, pero también existía su prestigio. Para un general autodidacto, que se había propuesto erigirse en independiente, y necesitaba obtener un señalado triunfo, empezando sobre sus mismos seguidores.

Era a mediodía, y fue convenido que los dos hermanos Mosquera le enseñarían el camino y le dejarían a poca distancia de la iglesia.

El “comodor” Rooke, grave y puritano, desaprobó aquella aventura que estimaba pueril e inútil. Pero el general Barranco no lo tomó en cuenta y ensillando partió con los hermanos portugueses.

Los hermanos Mosquera habían pasado su juventud en el país. Pero los senderos.de la selva se cruzaban y perdían y el renovar continuo de la vegetación borraba todo punto de referencia de manera que no había claro o arroyo cuyos bordes y riberas no fueran irreconocibles al cabo de unos meses.

Los dos hermanos emplearon más tiempo del que pensaban en alcanzar un cruce de senderos del que la iglesia estaba poco alejada.

Enseñaron a Barranco el camino del templo, y fue convenido que remontarían una quebrada hasta una altura desprovista de árboles, donde esperarían.

Encenderían una fogata como señal si Barranco no se reunía con, ellos antes de la noche.

Quizá las indicaciones dadas no eran del todo exactas. Quizá Barranco se equivocó. Lo cierto es que para alcanzar el templo empleó más tiempo del que había pensado.

El brusco cambio del día en tinieblas que constituye el crepúsculo ecuatorial iba a producirse, cuando con un suspiro de alivio, emergió de los árboles la masa de la iglesia.

Barranco había oído hablar del padre Florencio y de su retiro solitario. Deseaba obtener de él mismo la estatua, porque le repugnaba robarla.

Para ello, contaba menos sobre las monedas de oro que llevaba al bolso que sobre el naciente prestigio de su nombre y de la exposición de sus buenos propósitos que pensaba declarar al anciano eremita.

Sabía que el padre Florencio habitaba tras la iglesia, en una choza de piedra adherida al muro.

Con dificultad y penosamente, dio la vuelta al edificio, entorpecido su paso por los árboles y lianas vio casi sepultado bajo vegetación exuberante, un montículo de rocas que podía interpretarse como una habitación. No había señales de ventana y tan sólo un rústico amasijo de madera y piedra oficiaba de puerta.

Golpeó varias veces contra los maderos que sostenían algunas piedras de la choza. Nadie contestó.

Sacudió inútilmente la tosca puerta. El padre Florencio y su sobrino estaban ausentes.

Aquella circunstancia le parecía favorable. Entraría en la iglesia, tomaría la estatua, dejaría la bolsa con el oro sobre el zócalo y pediría mentalmente perdón al cielo.

Puso pie a tierra y ató su caballo a un árbol. Mientras, la noche había caído del todo.

Cuando ascendió los peldaños, dióse cuenta Barranco de que la puerta doble de la iglesia estaba cerrada y que era imposible violentarla. Trató de hacerlo, pero comprobó que no lo lograría. Debía estar cerrada desde el interior con ayuda de algunas vigas.

Si hubiera habido alguien dentro de la iglesia, habrían contestado a sus voces y al ruido. Pero pensó también que alguien había cerrado desde dentro la iglesia saliendo, por lo tanto, por algún lugar más fácilmente penetrable.

Se puso, pues, a inspeccionar la iglesia, o más bien, intentó darle la vuelta. Había un sendero el que había seguido y le había permitido llegar hasta la morada del padre Florencio, pero estaba separado de la iglesia por un conglomerado intrincado de brezales, cactus espinosos y plantas entrelazadas que le impedían darse cuenta del lugar donde pudiera encontrarse una puertecilla secreta.

Regresó a la puerta de entrada y de nuevo intentó vanamente sacudirla o hacer saltar uno.de sus portantes. Llamó y su voz en el silencio a lo largo de las murallas que formaban los troncos, adquirió una impresionante resonanda.

Las tinieblas daban al pórtico de entrada, de rotos peldaños, y a las curvas de piedra dé la maciza bóveda una majestad serena que la voz humana parecía profanar.

Había algo de solemne y de terrible en el combate milenario de la iglesia perdida y la selva tan profunda como el océano. Barranco cesó de llamar y tuvo que hacer un esfuerzo para tranquilizar los

latidos de su corazón.

Fue en aquel mismo instante, cuando imperceptiblemente y casi inconscientemente al principio, tuvo la sensación de una presencia a su alrededor.

Lo atribuyó primero a un efecto de su propia imaginación y a lo que tenía de agobiante y angustioso la muda línea de la selva, cortada por el sendero, pero que se apiñaba compacta en forma circular alrededor del templo solitario.

Aquella aglomeración vegetal, cortada por la sombría línea de los troncos, encerraba como amenazas de visajes y formas y daba la alucinante aprehensión de que alguien, hombre, bestia o espectro, iba a surgir repentinamente.

Barranco sorprendióse de pronto de no oír el menor ruido de pájaros nocturnos ni de deslizamientos de reptiles. Era como si aquella noche la selva estuviera anormalmente muda y no pudo impedirse de pensar en algún sortilegio.

Había algunas provisiones en la alforja de su caballo, así como una capa y una manta arrolladas.

Como no podía aventurarse de nuevo por la noche en aquellos senderos donde ya de día había tenido mucho trabajo para no extraviarse irremisiblemente decidió que pasaría la noche allí mismo.

Y al amanecer ya encontraría un medio para penetrar en la iglesia. Buscó un emplazamiento cómodo y no lo encontró mejor que el umbral mismo del templo,

Ciñéndose la capa, apoyada la cabeza sobre la madera de la puerta y colocando sus armas al alcance de su mano, tendióse cubierto con la manta y se esforzó en dormir.

Pero tardó en hacerlo. Por dos veces sin querer pensó en el Vulto. Y por dos veces, procedente una vez de la iglesia y otra de la selva, oyó una risa, una risa que tenía un vago parecido con una risa humana, una risa privada de razón, la de los idiotas que se encuentran mendigando por los pueblos.

¿Era el Vulto que le había visto? Pero si así fuera, ¿por qué el Vulto, el espíritu del Mal, reiría como un, pobre idiota?

También varias veces creyó ver una forma blanca, una forma mayor que la altura humana deslizarse en distintos sitios. Pero pensó que sería una figuración de su espíritu conturbado y se

esforzó en avergonzarse de su debilidad.

Pudo dormir. Y he aquí lo que le sucedió en el mismo instante en que el día iba a nacer, en la hora en que todo es ligera bruma, helada niebla, sorprendente encantamiento del mundo intermedio que ni es realidad ni sueño.

Extendió maquinalmente la mano y sintió que la puerta de la iglesia, la sólida puerta que en vano intentó derribar, se había abierto.

Pero no tuvo tiempo de sorprenderse por esto, a causa de otra sorpresa mucho más extraña.

Una faz estaba cerca de la suya, una faz inexplicable, blanquecina, extrañamente ancha a causa de dos tumores repulsivos que casi escondían bis orejas y esta faz reía con la risa idiota que había oído por la noche.

Y como Barranco abría exorbitados los ojos para cerciorarse de que no era juguete de una pesadilla, una silueta blanca se irguió.

Un ente se había inclinado sobre él mientras dormía. Un ente revestido de una especie de sudario y que apenas tenía humana forma.

Era una criatura extraordinaria, una visión terrorífica y jocosa, un leproso flaco y vacilante que retrocedió hasta la abierta puerta.

Barranco distinguió sobre aquellos miembros esqueléticos unas excrecencias que parecían de yeso, más minerales que carnales.

Las piernas eran largas, desmesuradamente largas como las que se atribuían al Vulto y no tenían solidez, ya que el genio del mal de las Cordilleras, siempre según los relatos populares, padecía a punto de quebrase.

Sólo la faz, aquella faz animada de una alegría idiota, era inmensa, con dos o tres dientes tan sólo y estaba enmarcada por dos horribles tumores.

Y aquella faz se había inclinado sobre él y si hubiera tardado un segundo más en despertarse habría quizá depositado un beso en su piel.

Aquel pensamiento le hizo temblar de horror. Y ahora, aquella caricatura del demonio, indolentemente apoyada sobre la puerta abierta, como un extraño guardián, le miraba con risa siniestra e idiota.

Un ciego instinto de huir se apoderó de Barranco. Se irguió de

un salto, se abalanzó hacia su caballo, saltó sobre la silla y a todo galope partió sin atreverse a mirar a sus espaldas.

¡Acababa de ver el Vulto! Los indios tenían razón y sus groseras supersticiones correspondían a una horrible realidad. Podía jurarlo, ahora, ya que tenía la prueba, ya que había visto y casi tocado el Vulto; que había estado a punto de besarle con sus labios descompuestos y blanquecinos.

La guerra de emboscadas que sostenía Barranco no permitía muchos lapsos de reposo, ni pérdidas de tiempo. Podía bastar con algunas horas para que su pequeño ejército fuera rodeado por los españoles.

Cuando regresó al campamento junio con los hermanos Mosquera, vióse obligado de dar precipitadamente la orden de marcha.

Viéndole regresar con las manos vacías, el "comodor" Rooke ostentó una sonrisa satisfecha. Añadió algunos términos irrespetuosos hacia la estatua, lo cual le valió los reproches del más joven de los Mosqueras, que le aseguró que aquello le traería desgracia.

Dos días después, el "comodor" Rooke, los hermanos Mosquera y el grueso de las fuerzas del general Barranco perecían en sangriento combate.

Poco después, el propio Barranco fue hecho prisionero, y antes de morir en el patíbulo explicó que había visto al Vulto en persona. Le llamaron visionario...

Los indios no son muy locuaces y menos aun cuando (se trata de un viejo monje dotado de poderes mágicos y que ha conseguido ser inmortal y vivir amigablemente con los jaguares.

Todos enmudecían cuando se hablaba del padre Florencio. Pero uno de ellos consintió en hablar del sobrino que había visto una vez de frente y sin el velo.

Aquel sobrino era un "caratozo". Los "caratozos", son los que enfermos de la "Carata", horrible dolencia que recubre la piel de manchas blancas, cambiándolas después por tumores, van enflaqueciendo, pierden los dientes y encanecen.

El sobrino del padre Florencio estaba enfermo de una "carata" particularmente horrible. Sin duda alguna, el padre Florencio, previniendo una tentativa de Barranco para apoderarse de la

estatua de Santa Rosa, empleó a su sobrino para hacer creer en el Vulto.

También se sirvió de la amenaza de un jaguar domesticado, para ahuyentar al general Alvarado de la Torre.

Santa Rosa no sirvió, pues, de estandarte a ningún bando. Mucho más tarde, en el templo había una hornacina donde se había recogido todo lo que de la estatua quedaba.

Polvo mezclado a pequeños fragmentos de bronce. Los soportes construidos por el difunto franciscano habíanse roto y como la madera de la estatua estaba carcomida, cedió, quedando sólo de ella unos fragmentos que los indios de la selva venían a contemplar arrodillados.

—¿Y el Vulto? — inquirió Marcos Cortezo, al enmudecer D'Arsonval.

—¡Con él vas a ir!

Marcos Cortezo estaba prevenido, pero el salto hacia adelante de Gastón D'Arsonval, era el impulso de un hombre que ha decidido morir pero arrastrando consigo a su enemigo.

Y para el belga, el jefe de los montañeros era el compendio de cuantos malvados en su vida había exterminado.

El mestizo chileno era fuerte, si bien de escasa talla. No obstante, ante el empuje arrollador de la acometida del coloso belga, rodó por el suelo…

Encima de él, Gastón D'Arsonval atenazó la garganta. Estallaron varios disparos. Los vigilantes montañeros del grupo de Sat-Song, abalanzáronse hacia delante, mientras dos de ellos vaciaban su mosquetón contra las anchas espaldas del que cabalgaba a Marcos Cortezo como si de un humano corcel se tratara.

Pero llegaban tarde. El ímpetu agresivo de D'Arsonval estaba en su paroxismo más agudo.

Levantóse, como si fuera insensible a los puñetazos del agónico Marcos Cortezo, y anduvo como si contra su cuerpo tres montañeros no intentaran detenerle y arrancarle su presa.

Suspendido por el cuello, violáceo el rostro, colgante la lengua y agitando bestialmente los brazos, en gestos que al estrellarse contra la faz de Gastón D'Arsonval la iban ensangrentando, Marcos Cortezo era ya un ridículo pelele desprovisto de toda autoridad.

Los varios montañeros intentaban en vano impedir lo que se

proponía d'Arsonval, dirigiéndose al borde de la altiplanicie, con evidente intención de despeñarse ladera abajo.

Varias lanzas atravesaron los costados del belga. Sangrarte malherido y zarandeado por todos lados, siguió andando en prodigiosa agonía de vitalidad.

No cejaba en su presión alrededor del cuello de Marcos Cortezo, aunque éste era ya cadáver y su cabeza bamboleaba siniestramente.

De pronto, uno de los Montañeros gritó:

—¡Fuego!

Una desbandada imperó en los Montañeros, no sólo desprovistos de su jefe, Sat-Song, sino que acababan de presenciar romo las supuestas dotes mágicas del Jefe supremo do la asociación era una leyenda más.

Por las laderas y en círculo apretado, avanzaban las llamas prendidas por los desbravadores del teniente Melchor Santana.

Varios Montañeros ya presos de pánicos y sin disciplina ni mando, montaron para al galope ir laderas abajo pretendiendo atravesar el circulo de llamas.

Los mosquetones de los desbravadores al acecha de aquella caza mayor, fueron ultimando lo quo el fuego no arrasaba.

Vio el Pirata Negro como en último abrazo mortal, Gastón D'Arsonval, sin soltar a su ajusticiado, sentenciábase a rápida muerte sin agonía, despeñándose monte abajo.

Los dos cuerpos fueron rebotando hasta quedar descoyuntados y lasos en la base del Diadema.

Las llamas iban ascendiendo monte arriba. La gigantesca fogata, ayudada por el soplo justiciero del viento, iba convirtiendo en brasas humanas a los genios del mal.

Y los mosquetones de los desbravadores remataban a los que, chamuscados, pretendían en vano huir…

CAPITULO IX

Otros sentenciados

Chano Sáez, al anochecer, recorrió por entre los grupos de sus Montañeros que acampaban en la colina boscosa en cuya cima un montón de ruinas señalaba el lugar donde antaño se irguió el edificio del “Mesón del Viajero".

Iba dictando órdenes, referentes a la próxima incursión hacia la llanura que divisábase a unas tres leguas.

Una llanura sin vegetación ninguna. Arenosa, reflejaba extrañamente los plateados rayos lunares, que de vez en cuando asomaban entre las nubes.

Y la intermitencia de las apariciones lunares confería al círculo de las arenas movedizas, un gigantesco parpadeo invitador.

Quedaron los Montañeros divididos en dos grupos: uno de ellos más número.

Al frente del menos copioso, colocóse Chano Sáez y resumió lo que habían decidido de común acuerdo con el guía.

—Cuando lleguemos a la barrancada del Oeste, esperaremos el paso de nubes apagando el resplandor lunar. Entonces, aprovechando la penumbra, todos al galope hacia delante. Vosotros —y señaló al grupo numeroso—iréis hasta el final de la llanura, donde os ocultaréis en la selva para actuar de línea defensiva por si los soldados de la fortaleza acudieran. Los demás tratarán de cabalgar hacia donde yo y el guía vayamos, y haremos alto, donde él lo haga. Esperad, pues, mi orden para partir al galope atravesando la llanura. Ahora al paso nos aproximaremos al límite de vegetación.

Regresó Chano Sáez junto al aventurero sevillano.

Frasco Zarzales sabía ya que todos aquellos hombres iban a

morir. En muerte horrible succionados por la viscosa llanura de traidoras arenas.

Felicitábase por haber llevado insensiblemente al mestizo chileno al plan que permitiría el total aniquilamiento de los jinetes de la Muerte Errante.

—No puede fracasar mi plan—ironizó el sevillano—. Todo saldrá a pedir de boca, si tus jinetes saben avanzar en raudo galope en ancha hilera de frente, para no entorpecerse. ¿Les has explicado bien que galopando así llegarán antes y con menos posibilidades de ser vistos, Chano Sáez?

—Para un jinete esto era elemental. Galopando en tila de fondo podían ser vistos. Galopando en hilera de frente, la penumbra favorecerá nuestro avance por aquella zona sin vegetación.

—En efecto.

—Es curioso, encontrar a veces llanuras así, peladas en medio de abundante vegetación.

—Caprichos de la naturaleza.

Iban ambos al frente de la caravana. Chano Sáez preguntó con ansia anticipada:

—¿Y dónde está la gruta?

—En el mismo centro. Mirando las estrellas, cuando las nubes lo permiten, puedo orientarme sin necesidad de mirar al suelo. Es más, te diré que para ir a la gruta, quien no conozca el camino que las estrellas marcan y sea hábil jinete…, pues se extraviaría.

—¿Y el tesoro está bien oculto? —Tan oculto como podía ingeniar el talento de Roberto Kidd, que no era torpe ni mucho menos.

—¿Cómo llegaste tú a conocer este escondrijo?

—Por lo que rige todos nuestros actos y que unos llaman fatalidad, otros destinos y los más providencia. Fue el hijo del capitán Kidd el que, buscando ese tesoro, me orientó.

—Entonces, ¿si el hijo del capitán Kidd…?

—Murió.

—¿Lo mataste?

—Contribuí.

—¿Hay perlas y esmeraldas?

—Toda clase de pedruscos de colores, ansioso. Tus ojos me sirven de guía casi, Chano Sáez. Relucen. ¿Has olvidado ya tus

presagios de cercana muerte para todos?

—Este mediodía dos buitres revoloteando por encima de nuestro grupo, trazaron en el azul cuatro anillos. Los de la buena suerte y éxito en lo que se lleva entre manos.

—Vaya. ¿Pueden más los buitres que la lechuza? Es natural: son más fuertes.

Detúvose Frasco Zarzales. La barrancada límite del suelo firme, línea divisoria de la vida y la muerte, distaba veinte pasos.

—¡Abrid!—ordenó Chano Sáez, a la señal de Frasco Zarzales.

Seguía la luna encubierta por las nubes viajeras. Estaban los Montañeros protegidos aun por la maleza.

Fueran desparramándose en formación abierta, flanco contra flanco las monturas, bota contra bota los jinetes.

Ocuparon prontamente dos centenares de metros, en compacta formación de abanico.

Miró Chano Sáez hacia arriba. Una nube aclarábase en su extremo. Empezaba la luna a desvelarse.

—Aguardemos. Nuestro galope si ahora irrumpiéramos podría ser visto...

Asintió Frasco Zarzales. También a él le convenía que la entrada en masa de los jinetes lo fuera con escasa visibilidad.

—Exploremos la barrancada por si acaso—dijo Chano Sáez.

—¿Para qué?—arguyó Zarzales.

—Dijiste que por ella entrásemos tú y yo, ya que en línea recta llegaríamos antes a la gruta. Podría haber alguien.

—Lechuzas a lo más.

Chano Sáez habló con el Montañero más cercano y poniendo en movimiento su caballo, avanzó hacia la barrancada seguido por Zarzales.

Éste descabalgó cuando lo hizo el chileno al extremo del hondo corte entre las rocas altas.

A dos pasos empezaba la tierra movediza...

—No hay nadie—reconoció Chano Sáez.

—Tú y yo.

—La luna orilla demasiado.

—No tardará en cubrirse de nuevo. Allá avanzan otras nubes.

Miró hacia lo alto Frasco Zarzales, buscando la línea estelar que lo orientaría. Su propósito estaba bien madurado. Apenas

comprobara quo todas lanzados al galope eran ya seguras presas, de las arenas, entonces seguiría galopando hacia delante por el estrecho sendero firme, hasta la gruta.

Podría así evitar los posibles disparos de algún jinete que comprendiera el engaño a que había sido conducido.

Esperaron a que las nubes, que lentamente avanzaban, cubrieran la luna con su tupido manto. Los montañeros, tensos sus músculos, a duras penas contenían los caballos, que, caracoleantes, parecían presentir el final que les aguardaba.

Frasco Zarzales y Chano Sáez regresaron a sus puestos. Minutos más tarde, en desenfrenado galope, irrumpían en la llanura fatal.

Y de pronto, estallaron una serie de gritos tardíos. Los jinetes veían desaparecer el suelo bajo sus monturas. Trataban en vano de aferrarse a algo sólido.

Las amarillas arenas devoraban con fruición aquel manjar de carrosas vivas, de seres infrahumanos.

La irrupción en galope les había llevado demasiado lejos para poder salvarse y algunos dispararon.

Frasco Zarzales, que galopaba por el estrecho sendero de tierra firme, se estremeció violentamente. Tras un esfuerzo supremo para mantenerse en la silla, dobló el cuerpo sobre el cuello de su caballo, y lentamente resbaló hasta el suelo, rodando hasta quedar boca arriba, abiertos los brazos. Una de aquellas balas disparadas por los montañeros, que vorazmente eran absorbidos por las arenas movedizas, le hallaron en su camino...

En el jubón, una rosa encarnada florecía. El gran corazón del "eterno enamorado" iba vaciándose.

El caballo relinchó agudamente. Hocicó suavemente, tratando de "despertar" a su jinete.

Los ojos felinos del sevillano, grandemente abiertos, miraban a lo alto, Sus labios sonreían... y estremecíanse...

No supo quiénes eran los tres hombres que inclinaban el rostro mirándole.

—Muerto—dijo pesaroso, el agente Pablo Loreto—. Hemos llegado tarde, señor oficial.

El oficial del Tercer Tercio cerró los ojos muertos... Levantóse y entre él y Pablo Loreto colocaron al muerto sobre el caballo.

—Fue todo un hombre—dijo, como epitafio, el oficial.

—Y su generosidad no se ha desmentido hasta la muerte— añadió el insensible agente—. Y si como no lo dudo existe una providencia, ésta realizará el postrer deseo del capitán Frasco Zarzales, pidiendo para el hogar del hidalgo Lezama un epílogo feliz.